

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

LENGUA Y LITERATURA PORTUGUESA.

La lengua portuguesa no es otra cosa que una de las infinitas ramificaciones del romance, así como el romance es una mezcla del idioma de los germanos y del de los romanos, y por lo mismo conceptuamos infundada la opinion que sostienen algunos humanistas, que aseguran, que la lengua portuguesa es un dialecto procedente del castellano. Aparte de las numerosas diferencias que existen en su construccion y en la manera de pronunciarse, se ha desarrollado mas pronto que nuestro idioma. Entre ambos se observa la misma analogia que entre la lengua sueca y danesa. F. Joao de Sousa ha escrito un excelente libro (*Vestigios da lingua árabe em Portugal*) acerca de la influencia que el árabe ha ejercido sobre el portugués.

Diaz Gomez, poeta portugués, celebra con aquel estilo hiperbólico que tanto caracteriza al escritor lusitano, la riqueza y la armonia de su idioma nacional, añadiendo que los antiguos españoles le llamaban *la lengua de las flores*. Sismondi, con tanto talento como justicia, pretende que el portugués, es el *castellano deshuesado* (testual,) y hasta cierto punto, no carece de razon, por que los portugueses han eliminado de las palabras españolas ciertas letras intermedias y finales como la *l* por ejemplo, y al querer decir *dolor* dicen solamente *dor*, y en lugar de *Alfonso*, se contentan con pronunciar ó escribir *Afonso*. La mejor gramática portuguesa es la de Pedro José de Figueira, y el diccionario mas completo que poseen es el del brasileño Antonio de Moraes Silva. La lengua portuguesa es mas adecuada que la española para la conversacion familiar por su brevedad, su sencillez y su extraordinaria claridad: la abundancia que tiene de sinónimos, diminutivos y aumentativos contribuye sobre manera á que este idioma sea muy expresivo. El único monumento que existe de la antigua grandeza de este pueblo es su idioma, que es todavia el idioma del comercio europeo en Africa y en las Indias.

La literatura portuguesa, que á la verdad no es muy conocida en España, es muy rica, y puede lisonjarse de tener obras maestras en todos los géneros, especialmente en las poesias lirica y bucólica; pero por desgracia, la época de su gloria ha pasado. La poesia portuguesa tiene la magestad del sentimiento, mucha dignidad épica, animacion, movimiento dramático, pero generalmente poca elevacion en las ideas. De este defecto nos echan la culpa los críticos estrangeros, asegurando que la dominacion española y el yugo de la Inquisicion han contribuido eficazmente al vuelo raquítico que dan los portugueses á sus pensamientos, acusacion que rechazamos como injusta por razones que todo el mundo comprende, y en su consecuencia agenas de nuestro asunto. Durante los reinados de Felipe IV y V se lanzaron los portugueses en el terreno de la imitacion servil de la literatura francesa, é introdujeron igualmente que nosotros muchos galicismos en sus composiciones; pero durante la administracion de Pombal se esforzaron los poetas de aquel tiempo en sacar á la lengua de aquel estado de envilecimiento á que habia sucumbido, y desde entonces comenzó á ser la prosa mas pura y mas sencilla. Pombal desterró de las cátedras de Coimbra la lógica y la metafísica escolástica; á pesar del estudio de la filología se halla todavia bastante descuidada, y no se traducen absolutamente mas que á los poetas antiguos. Si hemos de dar crédito á Balbi, no existen mas que ocho escuelas en todo el reino donde se enseña el griego. Los portugueses en

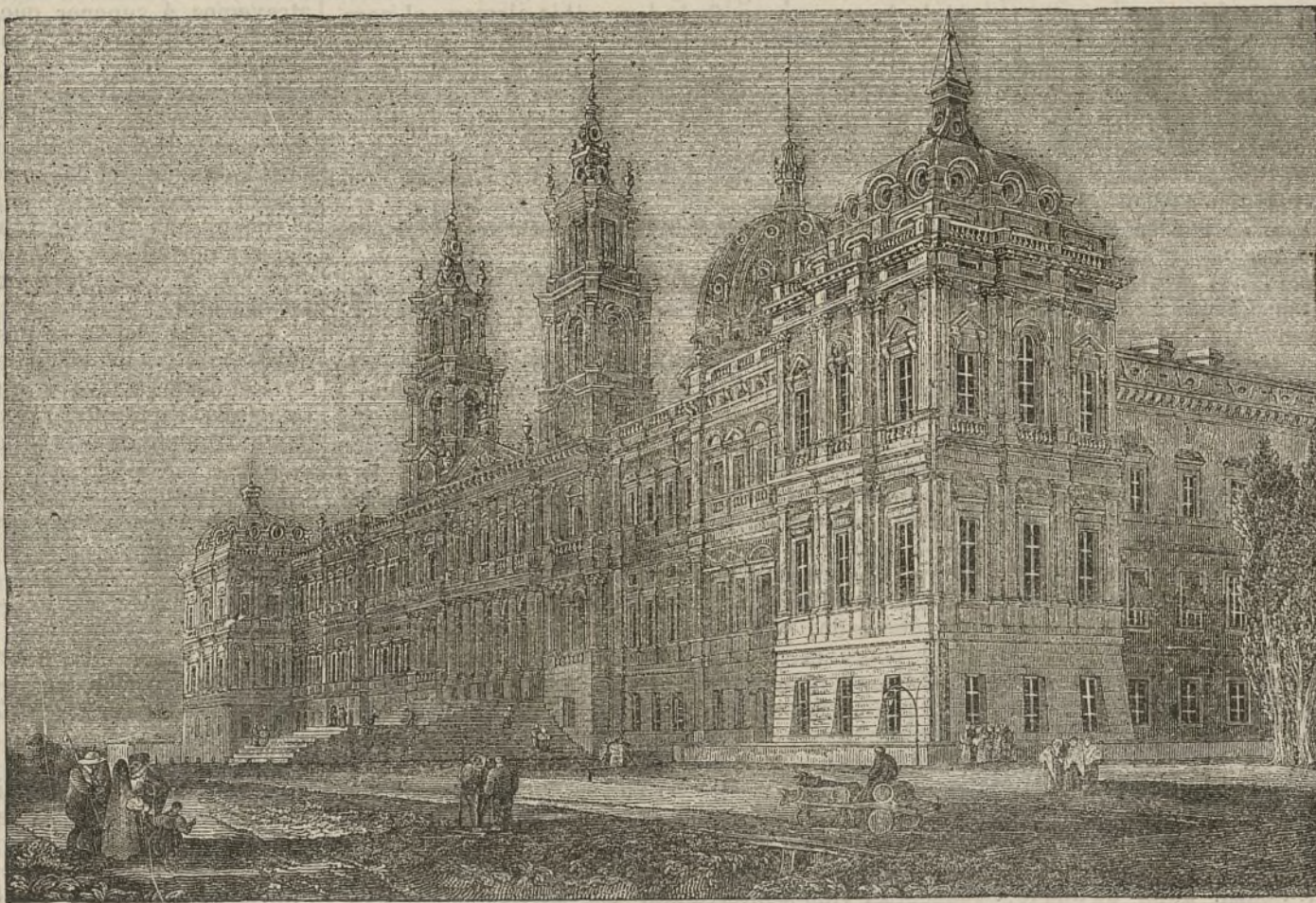
su mayor parte deben á los judíos sus primeras nociones de filosofía, de botánica, medicina, astronomia y cosmografía. Las ciencias—y hablamos con particularidad de las matemáticas y de la historia natural—se cultivan muy poco. Portugal tiene sobre tres millones de habitantes, y no exageramos al decir.... al asegurar, que las obras científicas no encuentran hoy quinientos lectores.

Segun Balbi, se han impreso en Portugal desde 1804 á 1819 cerca de mil ochocientas obras, de las cuales, mil doscientas han sido originales, cuatrocientas treinta traducciones, cincuenta y siete periódicos, y cuarenta ediciones nuevas. La academia de Ciencias y la universidad de Coimbra, publicaron en este mismo período ciento diez y seis libros. En todo Portugal no existen mas que diez y siete imprentas; una en Coimbra, tres en Oporto y trece en Lisboa, y solo en estas tres ciudades se encuentran grandes bibliotecas y librerías.

El estilo de los prosistas portugueses es por lo comun alambicado, oscuro y redundante. Excepto un elogio de D' Alembert por Stockler no se encuentra en las *Memorias da litteratura portugueza* publicadas por la Academia de las Ciencias, sino muy pocas disertaciones dignas de interés. Stockler, de origen alemán, es muy

cido mas que un tomo en 1793. Existe una historia sucinta y compendiada de la lengua y de la literatura portuguesa en el prefacio de *Santa Rosa de Viterbo, Elucidazao das palavras, termos e frases que em Portugal antiguamente se usarao e que hoje regularmente se ignorao*, y en el *Ensayo estadístico*, de Balbi.

La poesia portuguesa florecia ya, cuando la española y la de todas las naciones recientemente civilizadas estaban en la infancia; un escritor inglés observa con mucha razon, que este hecho denota en un pueblo una tendencia poética bastante pronunciada. Los poetas mas antiguos de Portugal aparecen en el siglo XII: sus cantos son hoy poco inteligibles aun entre los mismos portugueses; mas en el siglo XIII la lengua tomó giros mas conformes y regulares, y en su consecuencia la poesia adquirió desde entonces una ventajosa modificacion demasado notable. El rey Dionisio protegió extraordinariamente la literatura, y él mismo fué autor de varias poesias. En el siglo XIV se contaron en el número de los poetas portugueses á los reyes Alfonso IV y Pedro el Justiciero. Ya la poesia italiana ejercia grande influencia sobre la de Portugal: don Pedro, hijo de Juan I, tradujo los sonetos de Petrarca; pero solo en el siglo XV, en aquella época que puede llamarse tiempos heroicos de Portugal, es cuando la literatura brilla con todo su esplendor, y rivaliza un tanto con la nuestra. Se sabe por tradicion que Juan II compuso cantos llenos de un sentimiento elevado y de una esquisita sensibilidad; pero ni aun el incansable Sismondi ha podido lograr, á pesar de sus constantes investigaciones descubrir algunos de estos cantos entre el polvo de las bibliotecas. El *Concierto* portugués, descubierto por Joaquin Ferreira Gordo, en Madrid en 1790, contiene poemas de ciento cincuenta autores del siglo XV. Esta coleccion no se ha publicado, y solo conocemos de ella lo que se halla en las *Memorias* de la literatura portuguesa. El primer poeta verdaderamente célebre de Portugal es Bernardino Ribeiro, que floreció en el reinado de Manuel (1495—1521). Fué el inventor de aquella vi-



Palacio de Mafra en Portugal.

conocido por sus escritos de matemáticas, por sus observaciones acerca de la historia y por algunas poesias liricas. Los portugueses han formado su novela traduciendo las mejores obras que de este género se han publicado en Inglaterra y Francia, y lo mas notable que poseen relativo á escritos originales, tiene cierta analogia con los antiguos cuentos caballerescos de España y Francia. A la cabeza de estos libros aparece *Menina é Moca* de Bernardino Ribeiro. Montemayor introdujo este género en España, y despues pasó á Alemania y seguidamente á Francia. La novela nacional portuguesa, y la mas recomendada entre ellos es la *Historia de Carlos-Magno, é dos doze pares de Franca*, por Gerónimo Moreira de Carvalho: á esta siguen el antiguo *Palmirim de Inglaterra*, por Francisco de Moraes, al cual el cura de *Don Quijote* pretende preservar de la hoguera universal de los libros de caballería, y el *Feliz independiente*, del que se han hecho seis ediciones en español.

Para formarse una idea de las obras publicadas en Portugal, es preciso consultar el *Catálogo dos livros que se hao de ler para a continazao do dictionario da lingua portugueza, mandado publicar pela academia real das Sciencias de Lisboa*. Por desgracia esta nomenclatura, únicamente destinada á los miembros de la academia no ha pasado aun al dominio del público. Los libros mas antiguos datan desde 1495 y 1502, y son los siguientes: *Livro da vida Christi*, y una traduccion del *Viage á la India* de Marco-Polo y de Nicolás Veneto, con una carta, por un genovés, Valentin Fernandez. En cuanto al *Diccionario de la Academia* no ha apare-

da ideal de los pastores, de cuyo género se ha abusado tanto; parece que este poeta gozaba de un grande favor en la corte. El almirante y gobernador de Madeira Christovao Faleao, contemporáneo de Ribeiro, ha consagrado mas de novecientos versos para pintar los sufrimientos del amor desgraciado. Citaremos tambien á Francisco Sa de Miranda (que murió en 1558.) Existen de este poeta dos comedias, *Os estrangeiros* y *Os villalpandios*, en el segundo tomo de la edicion publicada en 1774; pero sus mejores obras son sus poesias liricas y didácticas. Antonio Ferreira es comparado á Horacio por sus compatriotas. Sus *Poemas lusitanos*, se dieron á luz en Lisboa en el año de 1598, siendo la edicion mas reciente la que apareció en 1774; su tragedia de *Inés de Castro* se encuentra en el tomo segundo de sus obras, cuya produccion vemos calcada sobre los modelos que nos han dejado los griegos. Sa y Ferreira pueden ser considerados como los primeros clásicos portugueses. A estos siguieron Pedro de Andrada Caminha, y Diego Fernandez Pimenta, á quien Sismondi compara con Marini; pero el mas célebre de los poetas portugueses, es indudablemente Luis de Camoëns, autor de la primera epopeya desde la época del renacimiento. Tomás José de Aquino, y Fernando Lobo de Surripita, han publicado la mejor edicion de sus obras. —Obras de L. de Camoëns, *principe dos poetas de Hespanha*: esta edicion va precedida de un discurso preliminar, de una noticia biográfica y enriquecida con un vocabulario: sin embargo, en 1800, apareció en Coimbra una elegante edicion de las *Lusiadas*, adornada con infinitos y buenos grabados. La primera de todas

fué publicada en Lisboa en 1572. Las *Rimas varias*, de Camoëns, con un comentario de Manuel de Faria é Souza, aparecieron en Lisboa en el año de 1683.

El héroe de la epopeya de Camoëns, es la patria; el poeta se ve allí animado de un fuego sagrado que le devora; el noble orgullo que le inspira la gloria de sus compatriotas brilla en sus versos con arranques llenos de sentimiento y grandeza; las demás producciones de este poeta participan de la misma índole; tienen una tendencia igual, y al examinarlas detenidamente las encontramos inspiradas por el mismo amor. En sus obras dramáticas escogió por modelo á su compatriota Gil Vicente, que falleció en 1537. La colección de las obras de este último, quien mucho antes que los poetas ingleses y españoles, gozaba ya de grande celebridad, apareció en Lisboa en 1562. (*Compilazon de todas as obras de Gil Vicente, a qual se reparte en cinco libros.*) Gil Vicente fué el predecesor de Lope de Vega y de Calderon, quienes caminaron por las huellas que aquel habia trazado. Sin embargo, la poesia dramática no la cultivaron mucho los portugueses, porque tenían una inclinacion bastante pronunciada por los escritos pastorales. Francisco Rodriguez Lobo escribió novelas en este género demasiado insipido y monótono, aun cuando en honor de la verdad, se encuentran allí algunos romances y canciones que tienen un verdadero carácter poético. El poema heroico de *Nuño Alvarez Pereira*, gran condestable de Portugal, no es mas que una prosa rimada bastante mediana; pero es digno de elogio este escritor por haber probado que la prosa portuguesa se presta á los cuadros sublimes, y que no carece de armonia y riqueza. Gerónimo Corté Real, autor del *Naufragio e lastimossimo successo da perdizao de Manoel de Souza de Sepulveda e de D Leonor, ma mulher*, y del *successo de segundo cerco de Diu, poema*, cantó, el sitio célebre de Diu que defendió valerosamente Mascarenhas: Lobo y él indicaron la senda que debían seguir los historiadores portugueses. En esta nueva carrera, Joao de Barros, que murió en 1574, y á quien los portugueses apellidan su Tito Livio, conquistó una grande celebridad. Su *Asia ó Dos feitos que os portugueses fizeram no descobrimento e conquista dos mares e terras do Oriente* es una obra muy importante. Diego de Cuelho continuó este trabajo en su *Asiaporuguesa*. Los otros historiadores de la época histórica de Portugal son: Lope de Castaneda, *Historia do descobrimento e conquista da India* por los portugueses; Antonio Bacarro, el célebre héroe portugués Alfonso de Albuquerque, *Comentarios* publicados por su hijo; Damians de Goes, traductor del *Cato major* de Ciceron y autor de la *Chronica do falecido rey don Emmanuel*; este último publicó tambien la *Chronica do principe dom Joao*, y muchos escritos en latin, entre los cuales se cita el que lleva por titulo: *De moribus Aethiopum* etc. Setiene en grande estima la *Historia del rey Manuel*, redactada con un gran fondo de tolerancia por el obispo Gerónimo Osorio, que murió en 1580. Bernardo de Brito publicó en 1597 la *Monarchia Lusitana*, y en 1603 los *Elogios dos reis de Portugal*; pero este historiador, habiendo comenzado su narracion en la creacion del mundo, le sorprendió la muerte antes que hubiera llegado á la fundacion de la monarquia portuguesa. Los viajes de descubrimientos de misioneros portugueses y de otros exploradores, han suministrado tambien amplios materiales á la literatura nacional. Citaremos el viaje de Juan Fernandez desde el cabo Arguino hasta el interior del Africa, en 1448; el de Alfonso de Paiva y de Joao de Cavilham, á quien Juan II encargó, á fines del siglo XV, una misión á Abisinia y á las Indias. Gran número de relaciones del mismo género permanecen todavía manuscritas (1).

La conquista de Portugal por los españoles contribuyó á modificar la literatura portuguesa. A este período pertenece Manoel de Faria, Souza, autor de una fecundidad tan deplorable que se lisonjaba de escribir al día doce hojas de treinta líneas cada una; comentó á Camoëns con poquísimo gusto, sin talento y con un inoportuno lujo de erudicion. Además publicó en lengua castellana algunas obras, entre las cuales mencionaremos, *Rimas varias*, y la *Europa portuguesa*.

El célebre legista Antonio Barbosa Bacellar, que falleció el año de 1663, fué el inventor de ciertas elegías llamadas *Sandades*, las cuales carecen de modelos en todos los pueblos. Jacinto Freire de Andrada escribió la *Vida de Joao de Castro vicey de la India*, la que ha sido traducida en muchos idiomas, y se cita todavía en Portugal como un modelo del género histórico. Una muger, sor Violante do Ceo, religiosa dominica, publicó *Rimas* en 1646, y *Soliloquios* en 1668. Nótese en sus obras como en las de los demás poetas de su tiempo, demasiada afectacion. Los sonetos de Francisco Vasconcellos, natural de Madera, y los cánticos sagrados de Andrés Nuñez de Silva, natural del Brasil, son composiciones mas sencillas y mas estimadas. En el siglo XVIII la literatura portuguesa estaba ya en decadencia, y á fin de elevarla á su anterior estado de brillantez, fundó el gobierno la academia de la lengua y de la historia, lo cual tuvo efecto durante el ministerio Pombal, cuyo sentimiento nacional se avergonzaba al ver aquella condicion esclava y degradante de la literatura lusitana. Es cierto que Pombal estableció una censura, pero no ejercia sus funciones mas que contra los escritos políticos: protegió en gran manera toda clase de investigaciones científicas. Bajo el reinado de José I, se revisó y mejoró el sis-

(1) Véase Biblioteca histórica de Portugal e sus dominios ultramarinos.

tema de enseñanza; pero á la muerte de este soberano los partidarios de la ignorancia se apoderaron del timon del estado, y á pesar de sus esfuerzos no pudieron reprimir de un todo el arranque que habia dado Pombal. En 1779, el duque de Braganza fundó una academia de ciencias dividida en tres clases: solo un hombre se distingue en la primer mitad del siglo XVIII, y este hombre es el general Francisco Javier de Meneses conde de Evicéyra. Estaba en estrecha correspondencia con Boileau, cuyo *Arte poética* tradujo en versos portugueses: compuso tambien un poema épico, la *Henriqueida*, cuyo asunto es la historia de la fundacion de la monarquia portuguesa por Enrique de Borgoña.

Este poema debia ser mas clásico que la *Lusiada*; pero la escuela de Boileau no podia inspirar á sus discípulos el génio poético que habia animado á Camoëns. José Basilio da Gama publicó en Lisboa, en 1769 otro poema titulado la *Uraguay*, en el cual celebra la conquista del Paraguay sobre los jesuitas, y entonces fué cuando se despertó entre los portugueses el gusto hacia el teatro, tanto tiempo descuidado. Algunos poetas que hicieron buenas traducciones de las principales obras extranjeras, lograron últimamente hacer justicia á aquel estilo pastoral tan insipido é insignificante, y renunciando á las inspiraciones de Oriente, se esforzaron en imitar la poesia del Norte, con especialidad la de los ingleses. Dos brasileños, Claudio Manuel da Costa y Antonio Doniz da Cruz é Silva, fueron los primeros que se señalaron en estas nuevas sendas. En pos de estos vinieron Almeno, traductor de las *Metamorfosis de Ovidio*, *Poesias de Almeno* publicadas por Elpino Datiense, y Francisco Manoel, que en 1778 pasó á buscar en Paris un refugio contra las venganzas de la Inquisicion. Sus poemas líricos aparecieron en el año de 1808; pero no olvidemos á un poeta fecundo y popular, Manuel Maria Barbosa, que falleció en 1805 en el hospital de Lisboa; publicó en 1800 tres tomos de poesias dedicadas á la condesa de Ogenhausen.

La libertad de la prensa llegó á Portugal para prestar auxilio á los progresos de la inteligencia; en 1805 estaba la censura confiada á un sábio alemán, al coronel Muller, que ciertamente no abusaba de su poder. En Portugal no existia en 1830 indice alguno de libros prohibidos, pero sin embargo, su librería era casi tan rica como la de Madrid, especialmente en libros ranceses é ingleses.

I. A. B.

TEATROS.

Después de *La Carcajada* y del drama titulado *Luis XI*, donde el señor Valero añade nuevos triunfos á los muchos adquiridos en su carrera artística, se ha puesto en escena en el teatro Español el drama de don Antonio García Gutierrez, nominado *El Trovador*; pero no lo mismo que se estrenó hace quince años, sino refundido con notable acierto. El drama ha adquirido mayor interés, y las modificaciones que han experimentado varias escenas, han presentado un conjunto mas perfecto. Si á esto se añade la propiedad con que ha sido decorado, y la brillante ejecucion que ha tenido, nadie podrá extrañar el entusiasmo con que le acogió el público, llamando repetidas veces al autor, que al fin no se presentó, por no hallarse en el teatro, segun dijeron: tanto la señora Teodora Lamadrid, como el señor Valero, arrancaron innumerables aplausos. El señor Gutierrez debe estar satisfecho con su nuevo trabajo, aun cuando solo tenga presente la manera con que un público justo é ilustrado le ha recibido.

Sin embargo, una circunstancia plausible en todos conceptos, vino á interrumpir las representaciones de *El Trovador*. El día 10 del presente mes era el aniversario del nacimiento del regenerador de la moderna literatura dramática; de don Leandro Fernandez de Moratin, y todos los teatros creyeron de su deber rendir un justo y solemne tributo á las cenizas del gran poeta cómico. Con efecto, el teatro Español, el de la Comedia, el Supernumerario, todos caminaron de consuno á la ejecucion de tan laudable propósito, y cada cual preparó una comedia del inmortal Inarco Celenio. El Coliseo modelo escogió *El Café* y *El Médico á palos*; el teatro del Instituto *El Si de las niñas*; y el de Variedades *La Mogigata*.

Forzoso es decir ante todas cosas, que aquella noche dió el público madrileño una prueba evidente de su acreditada justicia y sensatez, porque mientras que todos los teatros mas arriba mencionados eran favorecidos con una concurrencia tan escogida como numerosa, el coliseo del Circo, donde se representaba la popular zarzuela de *El Duende*, estaba casi desierto.

Ocioso nos parece analizar en este momento las obras dramáticas de Moratin que se pusieron en escena en los diferentes teatros la mencionada noche del 10: son harto conocidas y estimadas para proceder á semejante examen. *La Comedia nueva ó el Café*, fué maravillosamente interpretada por los actores del teatro Español, y no menos *El Médico á palos*, perfectamente arreglado á nuestro teatro.

El de la Comedia, no se contentó con poner en escena *El Si de las niñas*, sino que además solemnizó el aniversario con una pieza de don Ventura de la Vega titulada *La Critica del Si de las niñas*, y con un bonito himno cantado en presencia del busto del eminente poeta. Preciso es decir en honor de la verdad, que aquella noche ningún teatro celebró mas dignamente

tan fausto acontecimiento. *El Si de las niñas*, ejecutado por su mejor intérprete, don Joaquin Arjona; la critica de la misma comedia, debida á la pluma de un poeta tan autorizado como don Ventura de la Vega, y escrita espresamente para este objeto; el himno, los versos que se leyeron en loor á Moratin, composiciones poéticas de Zorrilla, Vega, Breton y Harzenbucht; todo, en fin, concurrió á solemnizar el acto de la manera mas oportuna y conveniente.

En *El Si de las niñas*, obtuvieron el señor Arjona y los demás actores una espontánea y merecida ovacion. La señora Campos en el papel de doña Irene estuvo muy feliz, y logró arrancar algunos aplausos: la señora Simanigo y la señora Hernandez, contribuyeron con su esmerada ejecucion al buen éxito de la comedia, asi como el señor Dardalla en su papel de Calamocha, asistente andaluz y picaresco, que caracterizó perfectamente el mencionado actor.

En *La Critica del Si de las niñas*, todos los caracteres que marcó en relieve Moratin en sus obras, los ha reproducido don Ventura de la Vega. La pieza está llena de sales y de chistes de buena ley; hay mucho movimiento y oportunidades escénicas del mejor efecto. Concluida la representacion de la pieza, fué llamado su autor á la escena, el cual se presentó y fué saludado con estrepitosas palmadas.

El público se retiró bastante tarde; pero satisfecho y complacido.

En el teatro de Variedades lucieron sus facultades artísticas la señora Matilde y don Julian Romea; *La Mogigata* fué desempeñada con esmero y raro acierto por estos actores tan eminentes. El señor Romea en particular fué muy aplaudido.

Pero aconsejamos á la empresa de Variedades, que seria muy de razon, que en dias tan solemnes, no antepusiera la comedia en dos actos titulada *Amor de madre*, á la que lleva por nombre *La Mogigata*, pues el público creyó al ver que bailaron después de la primera comedia, que se ejecutaba la segunda en tres actos por via de fin de fiesta. Esta es nuestra opinion, y nos atrevemos á suponer que el público de Variedades de aquella noche no estuvo con nosotros en completo desacuerdo.

El teatro del Drama se abstuvo de armonizar con los demás coliseos el día del aniversario; bien es verdad que la rigida clasificacion de los géneros le imponia tácitamente el deber de mantenerse neutral en el asunto. Creemos desde luego, que si hubiese existido á lo menos una autorizacion escepcional, este teatro se hubiera portado como los demás, y hubiesen reemplazado á *El Sitio de Zaragoza*, *El Barón* ó *La Escuela de los maridos*.

La noche del 12 se puso en escena en el teatro del Drama y á beneficio del primer actor don Facundo Ayta el drama nuevo original titulado *Los Fueros de Cataluña*. En nuestra próxima revista nos ocuparemos detenidamente de esta produccion.

B. ...

REVISTA MUSICAL.

TEATRO REAL.—*El Barbero de Sevilla*.—Concierto dado en la noche del 7.—Anuncios de nuevas funciones.—TEATRO DEL CIRCO.—Nuevas zarzuelas presentadas.

Al terminar nuestra revista anterior, ofrecimos ocuparnos de algunos de los defectos que á poca costa podría corregir la direccion artistica del teatro Real; y antes acaso de lo que habíamos pensado, tenemos, bien á nuestro pesar, que cumplir nuestra oferta. Y decimos bien á nuestro pesar, porque somos enemigos de censurar siempre que á ello no nos obligue la severa imparcialidad que hemos elegido por norte al dedicar nuestros ratos de ocio al examen y critica del desempeño de las obras musicales que tengamos ocasion de oír; y en caso de duda, trataremos siempre de ser todo lo mas indulgentes que nos sea posible, sin faltar nunca á lo que de nosotros exigen la verdad y la justicia.

Esta especie de introduccion nos fué sugerida en el momento en que vimos anunciado que el señor Solieri cantaria en *El Barbero de Sevilla* la parte del Conde de Almaviva. Antes de oírlo, nos figuramos lo que habia de suceder, y por desgracia nuestro pronóstico se vio realizado en las tres noches en que últimamente se ha puesto en escena este *spartito*.

Queremos, sin embargo, hacerle la justicia de creer que el haberse encargado de este papel no habrá sido por efecto de sus pretensiones, sino mas bien porque la direccion artistica así lo habrá dispuesto: lo primero se nos resiste, porque bien convencido debe estar el señor Solieri de que las noches que ha cantado el *Orombello de Beatrice*, el *Tonio de la Figlia d' il Re*, el *giminto* y el *Rodrigo del Otello*, lo único que ha conseguido del público, ha sido que le tolere, si se escapa la primera vez que se presentó en la *Beatrice*, en que recibió un aviso que no creímos hubiera olvidado tan pronto, y de cuyas resultas no ha vuelto á cantarse el dúo del primer acto, á pesar de haberse ejecutado esta ópera nueve veces mas: si por el contrario, y repetimos que tal es nuestra opinion, la direccion artistica, obrando con arreglo á sus facultades, encargó este papel al señor Solieri, no concebimos la razon que para ello pudo tener, á no ser el deseo de que el público encontrase una ocasion mas en que manifestar su des-

agrado a un cantante que nunca ha merecido sus simpatías, y el placer de que una de las mejores óperas, y sin disputa la mas popular de las del inmortal maestro, fuese ejecutada de un modo incompleto, faltándole la interesante parte de *Almaviva*.

Después de reclamar la indulgencia de nuestros amables lectores por este molesto introito, vamos a decir lo que nos ha parecido la ejecución de *El Barbero de Sevilla*, aparte el defecto de bulto que dejamos notado, y que ha venido a hacer mas sensible la falta del simpático tenor Gardoni, que tanto partido alcanzó entre las elegantes abonadas al teatro Real, aun cuando tampoco estaba muy feliz en esta ópera.

De Ronconi solo podremos decir que estuvo, como siempre, admirable en su aria de *Figaro*, cantando con esa maestría que todos reconocemos; y no lo estuvo menos en el dúo con *Almaviva*, sin embargo de que no lució en él todo lo que debía, porque el señor Solieri estuvo fatal, hasta el punto de que el eminente barítono espresase la primera noche su disgusto estreñiendo contra el suelo la guitarra al terminar la escena, y dentro ya de los bastidores, como no podía menos de suceder, atendido el respeto que el público se merece, y á que tantos homenajes rinde siempre este gran cantante.

La señora Alboni, que fué saludada á su aparición con un estrepitoso aplauso, cantó muy bien el aria de *Rosina*, embelleciéndola con cuantos adornos admite el mas esquisito gusto, y haciendo así un alarde de su portentosa voz y su extraordinaria flexibilidad de garganta. La encontramos mas animada que en las noches en que anteriormente la hemos oído en la misma pieza; así que á su final obtuvo una ovación tan completa como merecida.

El señor Formes caracteriza perfectamente á *Don Basilio*, y en el aria de la *Calumnia* arrancó prolongados y justísimos aplausos. Su magnífica voz se ostenta aquí en toda su fuerza; y como no tiene grandes dificultades de ejecución, no se echan de ver la falta de modulacion que en otra revista notamos, cuyo defecto es á nuestro juicio la causa de que este actor pase casi siempre desapercibido del público, aun cuando algunas veces no sea muy justa esta indiferencia.

El dúo de *Rosina* y *Figaro*, que cantado por la Alboni y Ronconi, es acaso la mas bella pieza de la ópera, arrancó extraordinarios aplausos, y al compás de ellos repitieron estos artistas el *allegro*. ¡Lástima que el señor Ronconi no pueda hacer en él el juego de bajos segun está escrito! Los trasportes y arreglos que introduce, le quitan gran parte de su belleza: verdad es que este papel está escrito para bajo cantante, cuyas notas graves no tiene el aplaudido barítono. Por el contrario, la Alboni hace en la ejecución de su papel cosas magníficas, entre ellas un *ritardando* que nos produce un efecto imposible de espresar.

El *sesteto* final del primer acto fué bien cantado y mejor acompañado por la orquesta de lo que lo habia sido las noches que anteriormente se habia puesto en escena esta ópera. Pero en donde nos estaba reservada la sorpresa mayor, el mas grande asombro, fué en las variaciones de *Himel* que la señora Alboni canta en la lección de música del segundo acto. Está visto que la Alboni es una discípula inimitable: hable sino por nosotros la otra lección de que nos hicimos cargo en la anterior revista. El oído mas fino y perspicaz no puede seguir todas las inmensas y casi insuperables dificultades que aquella garganta elabora: no puede concebirse mayor precisión, mas seguridad, mas firmeza, mas esquisita afinación, y gusto mas correcto. No vacilamos en afirmar que en este género no encontramos rival á la señora Alboni. El público entusiasmado pidió la repetición de esta dificultísima pieza, y la señora Alboni condescendió al instante y repitiendo las dos últimas variaciones, si nuestros recuerdos no nos engañan.

El *quinteto* y el *terceto* siguientes estuvieron bien cantados, sin embargo de que apenas oímos—y en ello ganamos mucho—la parte del señor Solieri.

Ronconi está sublime, y repite y caricatura con una gracia y oportunidad sin igual todos los cantos en que *Rosina* y *Almaviva* se manifiestan su amor, y acaso sus proyectos futuros de delicias conyugales.

En resumen, *El Barbero* ha sido en general mucho mejor ejecutado en las tres noches que últimamente le hemos oído, aparte del vacío que era natural por la falta de tenor, que cuando se cantó por primera vez.

La orquesta estuvo muy bien en el *sesteto* final del primer acto; y tuvimos ocasion de convencernos de nuevo de los defectos acústicos de la sala, cuando en el *fuerle*, tan bien entendido como ejecutado, del aria de *Brigida*, y en la *tempestad*, no encontramos el efecto que esperábamos, atendido lo numeroso y escogido de los profesores que la componen.

El concierto dado en la noche del 7 merece que nos ocupemos de él, así por la buena elección de piezas que se cantaron, como por lo bien desempeñadas que estuvieron.

El dúo de *El Elixir* por la Frezzolini y Ronconi fué un nuevo triunfo por estos dos inimitables artistas, quienes tuvieron que repetir el *allegro* en medio de los mas entusiastas bravos y aclamaciones.

La cavatina de *Los Puritanos* fué cantada por Ronconi con toda la valentía y espresion de que es capaz esta notabilidad lírica.

La Frezzolini cantó la del segundo acto de la misma ópera de un modo sorprendente: no supimos que admirar mas, si la espresion y sentimiento de su canto, ó la bravura, firmeza y seguridad con que ejecutó las magníficas y difíciles escalas y demas pasajes de fuer-

za de esta bellísima inspiracion del autor de *La Norma* y de *El Pirata*.

El público conmovido y entusiasmado la llamó diferentes veces al palco escénico para espresarla todo lo que le habia hecho sentir.

En el dúo de bajos estuvieron igualmente felices los señores Ronconi y Formes, á quienes rogamos no supriman otra vez que canten tan admirable pieza, como lo han hecho cuantas noches se la hemos oído, la parte mas bella del andante de la misma. Semejantes supresiones son muy mal recibidas por el público, mucho mas en piezas tan populares y conocidas como esta. El *trompa* estuvo en el *ritornello* tan fatal como de costumbre, y lo varió completamente; tales y tan repetidos defectos no pueden tolerarse en las primeras partes. Comprendemos la dificultad de este instrumento; conocemos la inseguridad de su embocadura, y por lo mismo sabríamos disimular alguna vez un defecto de poca monta; pero no podemos pasar desapercibidas unas faltas tan remarcables, y que por otra parte son de tan fácil remedio; ni cesaremos de levantar nuestra voz hasta que alcancemos oír un *trompa* que no mutila los pasajes de las óperas de un modo tan lastimoso como lo hace el primero de la orquesta del teatro Real.

Cuando vea la luz pública esta revista, creemos que ya se habrá cantado el *Hernani* tantas veces anunciado y tantas otras suspendido sin que podamos adivinar la causa de ello.

He aquí lo que acerca de su éxito anuncia el bien redactado periódico musical, *La Opera*, del lunes último; en las siguientes líneas, que no hemos podido resistir á la tentacion de copiar.

«Espérase con ansia la representación del *Hernani*, retardada por causas ajenas á la voluntad de la empresa y de los artistas que han de tomar parte en ella. A juzgar por los ensayos á que hemos podido asistir, no auguramos á la totalidad de su desempeño la fortuna que tuvo cuando se estrenó en Madrid, y únicamente esperamos que asegure su éxito la eminente artista que tanta voga dió á este spartito en Italia. A propósito de esto recordamos que uno de los primeros cantantes del teatro Real, asistiendo á las pruebas de la gran partitura de Verdi, se figuraba ver en la artista romana la personificación de la antigua señora del mundo, cuando últimamente tenia sus destinos en manos de otras tres naciones: rodeaban á la señora Frezzolini un alemán, un español y dos franceses.»

Por nuestra parte esperamos con afán oír á la simpática Erminia en el poético papel de *Elvira*, á Masset en el interesante de *Hernani*, á Barroilhet en el magestuoso de *Carlos V*, y á Formes en el aterrador y fatidico de *Silva*, para emitir francamente nuestro juicio.

Después del *Hernani* se ejecutará á beneficio de la Inclusa la función cuyo programa tomamos de un periódico, aun cuando no creemos que haya nada acordado definitivamente: sinfonia de *Guillermo Tell*: primer acto de *Hernani*; dúo de *Semiramide* por la Frezzolini y la Alboni; cavatina de *Figaro* por Ronconi; brindis de la *Lucrecia* por la Alboni; *Le Vieux caporal*, romanza por Barroilhet; aria de la *Regina di Golconda* por la Frezzolini, y segundo acto de *La Cenerentola*.

Magnífica promete ser esta función por lo escogido de las piezas y por su repartimiento; grande y sublime por el filantrópico objeto á que va dirigida; por ambas razones felicitamos sinceramente á las nobles damas que tal pensamiento han concebido; y felicitamos tambien á todos los artistas del teatro Real, por la manera desinteresada y digna con que han acudido al llamamiento de dichas señoras, orgullo de la aristocracia y la riqueza.

Una mala noticia tenemos que dar á nuestros lectores: la Alboni y Formes nos abandonan el 20 de este mes; pero si nuestros informes no son inexactos, una persona muy augusta, y que es decidida protectora de los artistas, ha manifestado su deseo de que se prorogue aun otra vez la marcha de estas dos notabilidades que dejarían un vacío difícil de llenar en el teatro de Oriente.

Pasando ahora de este al del Circo, anticiparemos algunas noticias. Tenemos entendido que ha sido presentada al señor Salas una zarzuela titulada *Gato por liebre*, espresamente escrita para él, por el apreciable joven señor don Julian Santin de Quevedo, cuya música está escribiendo un profesor muy conocido. Sabemos que el artista español la ha aceptado, manifestando á sus autores el aprecio que les ha merecido, con esta muestra de su deferencia.

Igualmente sabemos que se ejecutará pronto otra de los señores Aguilera y Allá, titulada *Charreteras y solanas*. Tenemos muy buenas noticias de ambas zarzuelas, tanto de la parte literaria, como de la musical.

¡Cuánto celebraríamos que estos nobles esfuerzos contribuyeran algun día á establecer en nuestra patria una ópera verdaderamente nacional!

Si tal llegamos á ver, al señor Salas tocará la mayor parte de esta gloria, por los inmensos sacrificios que hoy está haciendo para conseguirlo.

JOSÉ ORTEGA.

FOSIL ANTIDILUVIANO.

DESCRIPCION DE LA CABEZA DEL DINOTHERIO GIGANTE.

Mr. Klipstein, á quien animaba Mr. Kaup con sus consejos comunicándole su misma infatigable afición,

hizo escavaciones en una propiedad suya cerca de Eppelsheim, pequeña ciudad situada á la orilla izquierda del Rhin en el gran ducado de Hesse; y en ella tuvo la suerte de descubrir una cabeza entera y bien conservada del *dinotherio* gigante. Hasta entonces el gabinete de Darmstadt solo habia poseído pequeños fragmentos, y entre las numerosas osamentas que las cercanías de Eppelsheim suministraban á dicho gabinete, no se habian encontrado todavia mas que seis cabezas pertenecientes á animales menores que el *dinotherio*; es decir: al *rinoceros schleiermacher*, al *acrotchriam incisivum*, al *arctomys premigenia* y al *spermophilus superciliosus*.

Creemos complacer á los geólogos experimentadores diciéndoles desde luego algo sobre el modo como esta cabeza tan enorme como fragil fué sacada del fondo de una zanja de diez y ocho pies de profundidad, en la que estaba adherida una parte del cráneo á una capa de arcilla.

Empezóse la operacion escavando al rededor y debajo de la cabeza, dejando seis columnas de tierra que la sostenian. Tratábase de pasar cuerdas por los intersticios de estas columnas para levantar la cabeza á la superficie; pero como la presión de las cuerdas hubiera podido deteriorarla, Mr. Kaup hizo sustituir diez columnas artificiales de yeso á las seis naturales de que hemos hablado; luego hizo arreglar una espesa capa de yeso debajo de la cabeza, cuyas partes desunidas se untaron de aceite y lardo á fin de que no quedasen adherencias entre ella y el yeso: así pues, la cabeza descansaba por todos sus puntos en una capa artificial, al traves de la cual hicieron pasar barras de hierro terminadas en anillos. Ataron á estos una cuerda, y doce hombres robustos colocados en unos andamios, pusieron manos á la obra, y en presencia de una muchedumbre que allí pareció de todas las poblaciones del contorno, sacóse de la profunda zanja la cabeza con la capa de yeso que la servia de sostén. La colocaron en un carruaje, el cual con lentitud la llevó á la pequeña ciudad de Alzei, y de esta á Darmstadt.

Cuando, hace siete años, Mr. Kaup dió á conocer la mandíbula inferior del *dinotherio* ante una junta de naturalistas en Berlin, todos los zoólogos, incluso el célebre Cuvier, creyeron que el *dinotherio* era una especie de tapir gigantesco. No vieron que á escepcion de alguna semejanza entre los dientes molares de estas dos especies ningun otro carácter de analogía presentaban. En cuanto á Mr. Kaup, se ha creído bastante autorizado para hacer del *dinotherio* una familia particular que ha colocado al lado de los *perezosos* y de los *pangolines*. El cráneo del *dinotherio* difiere enteramente del de los demas *pachidermos* y de los *fósiles sin dientes*.

Hé aquí la descripción de la cabeza del *dinotherio*. A primera vista sorprende ya lo enorme de la fosa temporal, y de la mandíbula inferior. El músculo mascetero destinado á moverla debió tambien de ser enorme. Obsérvanse ademas con interés las pequeñas órbitas abiertas hácia atras, colocadas posteriormente encima de la primera y segunda muela. Los arcos zigomáticos son débiles, y los dos condilos destinados á articularse con el *atlas*, ó primera vértebra cervical tienen una situación muy alta.

El ángulo formado por la cara superior de los huesos frontales y la del occipital no pasa de 39 á 40 grados, al paso que en la mayor parte de los mamíferos tiene 90, y mas aun en la ballena.

La cara inferior de la cabeza deja ver la abertura nasal, que es muy estrecha, los orificios que dan paso á los nervios ópticos, que son de enorme volumen, y en fin la considerable anchura de la parte posterior.

En la parte superior de la cabeza se vé una cavidad muy grande que recibe la trompa. Los huesos nasales faltan enteramente; los frontales son muy cortos. La estensa superficie de todos los huesos y sus numerosas desigualdades son señales de la fuerza de los músculos que á ellos se adherían, y que servían para los diversos movimientos de esta cabeza.

Mr. Kaup opina haber sido el *dinotherio* un animal terrestre que vivía á orillas de los rios, que debió de moverse lentamente, y que sus enormes colmillos encorvados hácia abajo (al revés de lo que comunmente se vé, y de lo que él mismo antes creyó juzgando solo por fragmentos), le servían para escarbar la tierra y arrancar de ella raíces y tubérculos, que luego llevaría á la boca valiéndose de la trompa. Cree tambien que los dientes incisivos debieron ser en el *dinotherio* un medio de locomocion, que sus pies armados de enormes uñas debían escarbar la tierra. La forma de la parte posterior de la cabeza, muy semejante á la de la ballena, viene en apoyo de la opinion del célebre Buckland, geólogo inglés, quien cree que el *dinotherio* fué animal acuático, sin destruir por esto la opinion de Mr. Kaup.

JACOBO CALLOT.

EL COMBATE A LA BARRERA, O LAS FIESTAS DE NANCY DE 1627.

Jacobo Callot nació en 1594 en Nancy, ciudad tan famosa por sus duques como por sus artistas. Callot, hijo de padres ricos y nobles tuvo que luchar mucho tiempo contra la voluntad de los mismos, por lo cual Callot, se vió precisado á huir de la casa paterna, y entrar en Roma para seguir pacíficamente su vocacion: habiéndolo-

se asociado á una familia ambulante de gitanos, llegó con ellos á Florencia, donde muy pronto se vió reducido á la mas grande miseria. Pero un nacimiento distinguido y una buena educacion son cosas que jamás pueden oscurecerse aun en medio de los harapos.

Recogido desde luego por un oficial de los guardias del gran duque, á quien habia gustado la bella y distinguida presencia del jóven, fué conocido por unos negociantes de Nancy, los cuales le volvieron á conducir á casa de sus padres despues de dos años de ausencia y peregrinacion.

Cuando halló ocasion oportuna se fugó por segunda vez con intento de pasar á Roma, por lo que convencidos sus padres de la inutilidad de sus esfuerzos para obligarle á dedicarse á estudios graves, le permitieron por último que se entregara sin ningun género de oposicion á su vocacion artistica.

Sus primeros trabajos como dibujante fueron coronados del mejor éxito; pero bien pronto abandonó el lápiz por el buril, y á este sucedió la aguja y el grabado. Primero grabó al agua fuerte sobre barniz blando; luego empleó el bar-

que se parece al cocodrilo, el que se deja llevar dócilmente por el ave. Sobre el dorso del monstruo figuran doce guerreros en pie, armados y equipados á la griega.

la ciudad á su soberano: este último carro, es tirado por dos perros, simbolo de la fidelidad.

Un tercer carro representa la entrada de monseñor

de Cannonge y de Mr. de Chalabre. En un carro formado de rocas artisticamente agrupadas, se ven de pie dos guerreros, que llevan en sus manos las riendas de dos monstruosas esfinges que vomitan llamas. Delante del carro hay varios demonios con serpientes por cabezas que llevan antorchas y guardan las posiciones mas grotescas de un baile diabólico, luego otras dos esfinges, como caballos llevados por otros demonios. Abre la marcha una figura infernal con piernas de sátiro, rodeada de diablillos de la misma clase que bailan á su alrededor. En la cintura del figuron, hay enlazados una media docena de esos diablillos haciendo todas las contorsiones imaginables.

El *Combate á la barrera* forma el asunto de la cuarta lámina. En medio de una gran sala cuyo entarimado y gradas circulares desaparecen bajo los flotantes ropages y penachos de los nobles, damas y señores, se presentan dos guerreros á pie, armados con enormes lanzas. Los separa una barrera y les impide acercarse cuerpo á cuerpo. De aquí nació sin duda el nombre de *Combate á la barrera*, dado á todas las fiestas que precedieron y subsiguieron á ese torneo de nueva invencion.

El asunto del quinto grabado es la entrada de S. A., representando el sol, se ve un jardin que reúne todo cuanto el gusto y la imaginacion pueden hallar de mas esmerado. En la parte posterior, y en pie sobre un pedestal se ve á un guerero armado con una lanza; y en la anterior está sentado en una concha un sátiro que arroja un surtidor, cuyo chorro vuelve á caer en forma de lluvia sobre dos figuras cuyos pies, manos y cabeza terminan en arborescentes: este sin duda es el simbolo imitado de los egipcios.

En la sexta composicion se ve un magnifico carro tirado por cuatro caballos con larguissimas crines. Tambien se ven muchos guerreros en pie en la plataforma y detras en el respaldo convexo del carro, hay un personaje circuido de resplandeciente aureola, el cual representa al sol.

Viene en seguida la entrada de los señores de Virocourt, Tyllon, y Marimont, encima de un delfin monstruoso, armados y vestidos á la griega.

Delante hay un delfin de enorme magnitud que lleva en el dorso un personaje que tiene una lira en la mano. (Nosotros hemos separado estas dos figuras.) En los números 8, 9 y 10 está representada otra entrada de su alteza figurando el sol.

En esas tres láminas de menor importancia se ve: 1.º una roca escavada que figura los talleres de Vulcano, tirada de ciclopes armados con sus martillos: 2.º un gran carro en forma de anfiteatro en que están colocadas las nueve musas.

Por último, en un carro hay un personaje que representa á Apolo (El duque Enrique II, de Lorena). Le corona una diosa en pie en el respaldo del carro, el cual camina tirado por una infinidad de doncellas con guirnaldas.

Este grupo, por la perfeccion del conjunto fué uno de los que mas agradaron y sorprendieron.



Figura principal del séptimo grabado del Carrusel por Callot.

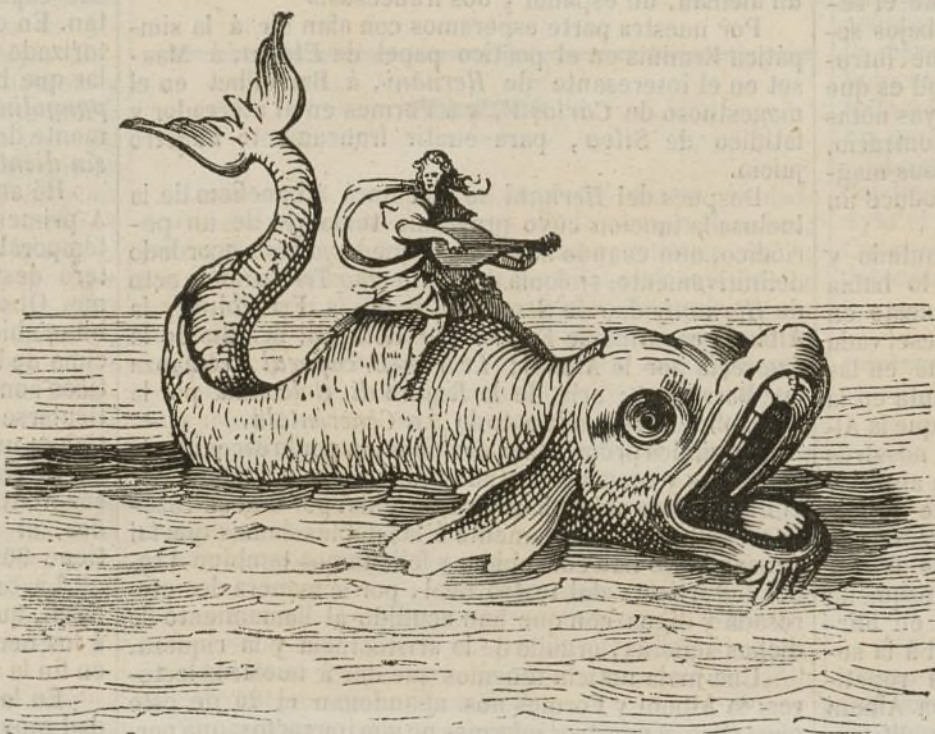


Figura segunda del séptimo grabado del Carrusel por Callot.



Lámina primera del Carrusel por Callot.

Una muerte prematura lo robó á las artes y á la amistad de su soberano, en 24 de marzo de 1635, de edad de cuarenta y tres años. Duño del aprecio y cariño de Luis XIII, de Gaston de Orleans, y de Richelieu, se vió ademas colmado de favores por el conde de Médicis, y por los duques Enrique y Carlos de Lorena.

A estos pormenores biográficos, respecto á Callot, añadiremos la explicacion de algunos de los grabados que forman la colección del *Combate á la barrera*. Una de ellas representa la entrada de monseñor de Lorena bajo el nombre de Pirandro. En esta primera lámina hay figurado un gran fénix conduciendo un grupo de doncellas que tocan varios instrumentos; sigue luego un cisne de extraordinaria magnitud montado por un niño con los emblemas del amor; pasa un lazo por el pico del cisne, á manera de riendas, el cual va á unirse á un animal monstruoso

da en cada uno: la primera empuña una lanza y la otra presenta una llave, sin duda para figurar la sumision de

GUERRAS DEL IMPERIO.

RENDICION DE ULMA—1805.

El 24 de setiembre de 1805 salió de París el emperador Bonaparte y empezaron las hostilidades el 2 de octubre; el 6 y 7 habían pasado los franceses el Danubio y circubalado al ejército enemigo; el 8 Murat en la batalla de Wertingen en el Danubio hizo dos mil prisioneros austriacos, y el día siguiente, derrotados los austriacos se replegaron en Gounzburgo delante de las valientes falanges francesas, las que prosiguiendo el curso de sus triunfos, entraron el 10 en Augsburgo y el 12 en Munich. Dos días después de la entrada de los franceses en esta plaza, es decir, el 14, un cuerpo austriaco de seis mil hombres se rendía en Memmingen al mariscal Soult, al mismo tiempo que Ney conquistaba su futuro ducado de Elchingen. Por fin el 17 de octubre se verificó la capitulación de Ulma, y el mismo día empezaron las hostilidades en Italia entre franceses y austriacos, mandados los unos por Massena y los otros por el príncipe Carlos.

La guarnición de Ulma ascendía á treinta mil hom-

locaría entre dos fuegos, y que tal vez fuésemos nosotros quienes tuviésemos necesidad de capitular. Le repliqué que en su posición, no era de extrañar que ignorarse cuanto sucedía en Alemania, que en consecuencia debía yo notificarle como Bernadotte ocupaba á Ingolstadt y Munich y que tenía sus avanzadas en Inn, donde aun no se habían dejado ver los rusos.

«Aseguré además el mariscal que tenía víveres para diez días, pero no pude creerlo. Empezaba á despuntar el día; pero nosotros nada adelantábamos. Podía yo conceder seis días, pero el general Mack se mantenía tan obstinado en sus ocho que juzgué inútil la concesión de ese día mas, y por lo tanto no quise arriesgarla. Me levanté diciendo que mis instrucciones me mandaban estar de vuelta antes de amanecer, y en caso de una denegación transmitir de paso al mariscal Ney la orden de empezar el ataque. El anciano general no se amedrentó por esto, y persistió en sus ocho días, instándome para que llevase esta proposición al emperador.

«El 25, á eso de las nueve de la mañana, volví á encontrar al emperador en la abadía de Elchingen, donde le di cuenta de esta negociación, de la que pareció quedar satisfecho. Volvíme á llamar, y como yo tardase, me envió al mariscal Berthier, que me traía por escrito las nuevas proposiciones que quería hiciese

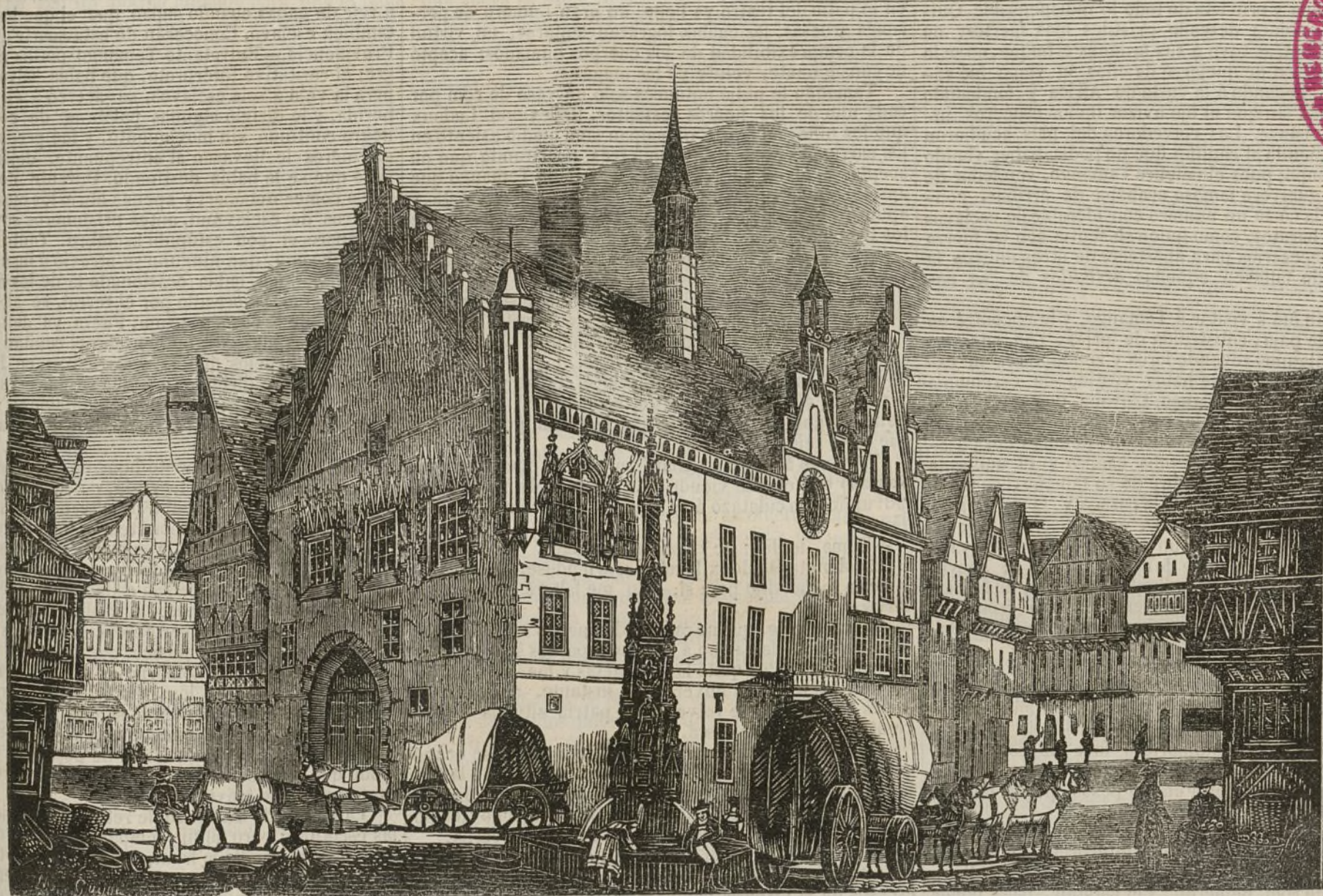
se engañó sobre las Horcas caudinas del ejército austriaco. La guarnición de Ulma salió con los que se llaman honores de la guerra y fué conducida prisionera á Francia.

A. U.

TAMANGO.

NOVELA.

El capitán Ledoux era un excelente marino. Principió su carrera por simple marinero y bien pronto llegó á timonel. De resultados de un astillazo se fracturó la mano izquierda en el combate de Trafalgar; fué necesaria la amputación, y por lo tanto obtuvo su licencia absoluta con buenos certificados. No era su fuente el reposo, y presentándosele ocasión de embarcarse, sirvió en calidad de contramaestre á bordo de un corsario. Algunos ahorros de sus partes de presas le pusieron en estado de comprar libros y de estudiar la teoría de la navegación, cuya práctica conocía perfectamente, y con el tiempo llegó á mandar un lugre corsario de tres caño-



Vista de Ulma.

bres en la época de la rendición de esta plaza que se creyó inconquistable, cuyo mando tenía Mack.

El general de Segur, que estuvo posteriormente al mando de Murat en Nápoles, fué el encargado en las primeras negociaciones con Mack, relativas á la rendición de la plaza. No hay duda que será leída con interés la relación que se hizo para ser presentada al emperador.

«Ayer 24 vendimario (16 de octubre) el emperador me hizo llamar á su gabinete: me mandó pasar á Ulma y decidir á Mack á rendirse en el término de cinco días, y en el caso de exigir absolutamente seis concedérselos. No recibí otras instrucciones. Era oscura la noche; acababa de levantarse un huracán terrible; llovía extraordinariamente, y era preciso pasar por sendas de travesía y evitar los lodazales donde podíamos quedar sepultados.

«Hallé un trompeta de artillería transido de frío, y con él nos aproximamos á los muros de Ulma. A la primer llamada se presentó á nosotros de Latour, oficial que hablaba bien el francés. Me vendó los ojos, y me hizo subir por las fortificaciones. Llegamos por fin á la morada del general en jefe Mack, y pasados los primeros y recíprocos cumplimientos le manifesté quien era, y que llegaba de parte del emperador á intimarle la rendición y á arreglar con él las bases de la capitulación. Estas espresiones le parecieron insufribles, y desde luego no pudo convenir en la necesidad de escucharlas. Insistí haciéndole la observación de que habiendo sido recibido, debía yo suponer lo mismo que el emperador, que había él apreciado su posición; pero me contestó que esta iba á cambiar enteramente: que el ejército ruso se acercaba para socorrerle, que nos co-

yo firmar al general Mack al instante. El emperador concedía al general austriaco ocho días, contando desde el 23, primer día del bloqueo; lo que en efecto los reducía á los seis días que desde luego hubiera yo podido proponer, pero que no quise. Con todo, en caso de rehusarlo, estaba autorizado para contar los ocho días desde el 25, y el emperador aun ganaba un día en la concesión. Se empeña en entrar pronto en Ulma para aumentar la gloria de su triunfo con la rapidez, para llegar á Viena antes que esta ciudad se despierte de su estupor, y el ejército ruso haya podido tomar sus medidas, y finalmente, porque empezaban á escasear nuestros víveres.

«Entré en Ulma á las doce del día, poco mas ó menos; mas esta vez hallé al general Mack á las puertas de la ciudad. Le di el ultimatum del emperador.—Le leyó.

«Señor de Segur, me dijo, contaba con la generosidad del emperador y no me engañé.... Decid al emperador que solo me quedan que hacer algunas leves observaciones, y firmaré cuanto me habeis traído.... Pero añadid á S. M. que el general Ney me ha tratado con mucha dureza.... Quiero manifestaros el escrito que había yo firmado, puesto que me hallaba decidido.

Diciendo estas palabras, desdobló un pliego de papel en el cual leí estas palabras: «Ocho días ó la muerte.—Firmado, MACK.»

El príncipe Lichtenstein, fué aquel mismo día al cuartel general del emperador, al cual escribía Mack que con ningún otro hubiera tratado con tales condiciones; pero que cedía al ascendiente de su fortuna; y al día siguiente, Berthier fué enviado á Ulma, de donde volvió con la capitulación firmada. Así, Napoleón no

nes y sesenta hombres de tripulación, cuyas hazañas recuerdan aun los costeros de Jersey.

Apesadumbróle la paz: había juntado durante la guerra un corto peculio que esperaba aumentar á espensas de los ingleses; mas no tuvo otro remedio que el de ofrecer sus servicios á pacíficos negociantes, y como era conocido por hombre resuelto y de experiencia, fácilmente obtuvo el mando de un buque.

Al prohibirse la estracción de negros, y cuando se necesitaba no solamente burlar la vigilancia de los aduaneros franceses, cosa no muy difícil, sino también escapar del crucero inglés, que era mucho peor; el capitán Ledoux llegó á ser un hombre preciosísimo para los traficantes de ébano.

Al revés de la mayor parte de los marinos, que no han hecho sino vegetar como él en los grados inferiores, no tenía horror á las innovaciones, ni mostraba ese espíritu de rutina frecuente en los puestos elevados: tan así, que Ledoux había sido el primero en recomendar á sus armadores el uso de las cajas de hierro para conservar el agua. Las esposas y cadenas de que se surten los buques negreros, estaban fabricadas para su servicio bajo un nuevo sistema y barnizadas cuidadosamente para preservarlas del orin. Pero, lo que mas le distinguió entre los traficantes de esclavos fué la construcción, dirigida por él, de un bergantín destinado al tráfico, fino, muy velero, estrecho y largo como un buque de guerra, y capaz sin embargo de contener multitud de negros.

Llamóle *La Esperanza*, y quiso que los entrepuestos no contasen mas de tres pies y cuatro pulgadas de altura, diciendo que esta dimensión permitiría á los esclavos de talla regular el estar cómodamente sentados.

—¿Y qué necesidad tienen de levantarse? añadía Ledoux; cuando lleguen á las colonias les sobrará tiempo para estar de pie.

Los negros, apoyados de espalda contra los costados del buque y colocados en dos líneas paralelas, dejaban entre sus pies un espacio vacío, que en todos los barcos dedicados á este tráfico se reserva para la circulación; pero Ledoux imaginó colocar en este espacio otros negros, acostados perpendicularmente á los primeros. De este modo logró que su nave contuviese de diez á doce esclavos mas que otra de igual porte. Hubiera podido aumentar aun este número; pero ¿y la humanidad? A lo menos deben concederse á un negro cinco pies de largo y dos de ancho para revolverse durante una travesía de mes y medio, ó de mas: «Porque al fin, decía el capitán á sus principales, los negros son tan hombres como los blancos.»

La Esperanza salió de Nantes un martes, como luego lo notaron algunos supersticiosos. Los inspectores que visitaron escrupulosamente el bergantín, no encontraron, sin embargo, seis grandes cajas de cadenas, ni hicieron tampoco alto en la enorme provision de agua que encerraba la bodega. Segun sus papeles, iba al Senegal á cargar de madera y marfil. La travesía no es larga ciertamente, pero nunca están demas las precauciones: pudieran ocurrir calmas y seria un lance apurado verse sin agua en medio de los mares.

Salió, pues, como ya dijimos, La Esperanza un martes, habilitada y provista de todo lo indispensable. Quizá Ledoux hubiera deseado mástiles mas fuertes; no obstante, mientras tuvo á sus órdenes el buque, no se le presentó ocasión de quejarse de ellos. el viaje fué rápido y feliz, llegando á la costa de Africa y fondeando en el rio Goal sin que el ojo avizor de los cruceros ingleses le avistase. Los corredores del pais acudieron á bordo, diciendo al capitán que no podía haber venido á mejor tiempo; pues el célebre Tamango, vendedor de hombres y guerrero famoso acababa de arribar, conduciendo á la costa un número considerable de esclavos que vendia baratos, como quien se sentia con la fuerza y el valor necesarios para abastecer de otros nuevos la plaza cuando faltasen aquellos artículos de su comercio.

El capitán fué á visitar á Tamango, y le encontró en una choza de paja, construida de prisa, con sus dos mugeres y algunos revendedores y conductores de esclavos. El jefe negro se habia vestido de ceremonia para recibir al capitán blanco. Llevaba una casaca de uniforme, vieja y decorada con cintillos de cabo; de sus hombros, colgadas de un boton, pendian dos charreteras de oro; como no llevaba camisa y el uniforme era muy corto para un hombre de su tamaño, se notaba, entre la vuelta blanca de la casaca y la pretina de sus calzones de tela de Guinea, una especie de faja de piel negra que se parecia á un ancho cinturón. Llevaba atado de un cordel un sable de caballería, y se apoyaba sobre una linda escopeta de dos cañones, de fabrica inglesa. Equipado así, el guerrero africano creia sobrepasar en elegancia al mas apuesto petimetre de París ó de Londres.

Ledoux le examinó algun tiempo en silencio, mientras que Tamango, enderezándose como un granadero que pasa revista delante de un general extraño, gozaba en la impresion que se figuraba producir sobre el blanco. Despues de examinarle á fuer de conocedor, se volvió el capitán á su piloto y le dijo: «He aqui un tunante, á quien venderia en mil pesos, por lo menos, si llegase sano y salvo á la Martinica.»

Sentáronse todos, y un marinero que entendia un poco el dialecto wolofe sirvió de intérprete. Concluidos los primeros saludos, trajo un grumete un cesto lleno de botellas de rom. Bebieron, y el capitán, para poner de buen humor al negro, le regaló una polvorera de cobre pulido, con el retrato de Bonaparte en relieve. Este presente fué recibido con reconocimiento, y saliendo de la choza se sentaron á la sombra en frente de las botellas de rom. Tamango mandó que compareciesen los esclavos que tenia de venta.

Llegaron formando una hilera, con el cuerpo encorvado por la fatiga y el temor: cada uno traía ensartado el pescuezo en una horqueta de seis pies de largo, cuyas puntas se reunian en la nuca por medio de un travesaño de madera. Cuando se quiere que camine una cuerda de esclavos, el conductor se pone al hombro el mango de la horqueta del primer negro, este el de la del segundo, y asi sucesivamente: si hay que hacer alto, el jefe de fila clava en tierra el mango de su horqueta, y toda la columna se detiene. Es fácil de concebir la imposibilidad de escaparse, cuando pesa sobre el cuello un madero de seis pies de longitud.

El capitán se alzaba de hombros á cada esclavo, varon ó hembra, que pasaba por delante de él: los hombres, en su sentir, eran raquíticos, y muy viejas ó muy jóvenes las mugeres: se quejaba de la decadencia de la raza negra. «Todo degenera, decía; en otro tiempo era otra cosa. Las mugeres tenían cinco pies y seis pulgadas de alto, y cuatro hombres solamente hubieran bastado á dar vueltas al cabrestante de una fragata para llevar el ancla.»—Los negros mas hermosos y robustos los pagaba al precio ordinario; y en cuanto á los demas exigia una considerable rebaja. Por su parte, Tamango no dejaba de defender sus intereses: alababa su mercadería, y encarecía la escasez de hombres y los peligros del tráfico. Concluyó pidiendo no sé qué precio por los esclavos que el capitán queria embarcar.

Desde que el intérprete hubo traducido al francés la proposición de Tamango, no supo Ledoux como manifestar su sorpresa ó indignación; murmuró algunos

juramentos horribles, y se levantó dando á entender que rompía todo trato con un hombre tan inconsiderado. Tamango le detuvo consiguiendo á duras penas que se volviese á sentar. Destapóse otra botella, y comenzó de nuevo la discusion. Tocóle esta vez al negro el tildar de locas y extravagantes las propuestas del blanco. Redobláronse los gritos, las disputas; el rom circuló otra vez, produciendo efectos muy distintos en ambos contratantes; pues cuanto mas bebía el francés mas disminuía sus ofertas, al revés del africano que, con el licor, cedía de sus pretensiones; de modo que apuradas todas las botellas, quedaron enteramente de acuerdo. Malas cotonías, pólvora, piedras de chispa, tres barricas de aguardiente y cincuenta fusiles viejos, he aqui el precio entregado en cambio de ciento sesenta esclavos. Para ratificar el trato dió el capitán una palmada en la mano del negro, casi ébrio á la sazón, y en el momento los esclavos pasaron al poder de los marineros franceses, que se apresuraron á quitarles las horquetas, sustituyéndoles cadenas y argollas; pruebas claras de la superioridad de la civilización europea.

Unos treinta esclavos quedaban todavía, y se componian de niños, ancianos y mugeres raquíticas. En el buque no cabia mas gente. No sabiendo Tamango que hacer de estos rezagos, se los ofreció al capitán á razon de una botella de aguardiente por cada bulto. Seductor era la oferta. Ledoux se acordó de que en la representación de *Las visperas sicilianas*, habia visto entrar en el patio del teatro ya lleno, un gran número de personas gruesas, las cuales lograron sentarse, en virtud de la complexibilidad de los cuerpos humanos; aceptó de consiguiente, veinte de los mejores.

Tamango le pidió entonces solo un vaso de rom por cada uno de los negros restantes. Reflexionó Ledoux que los niños no pagan ni ocupan sino medio asiento en los carruages públicos, y tomó tres, declarando que no aceptaria ni un individuo mas. Viendo Tamango que aun le quedaban siete esclavos, cogió su escopeta y apuntó á una muger que estaba delante: era la madre de los tres niños.

—Cómprala ó la mato, le dijo al capitán: venga un vaso de aguardiente ó disparo.

—¿Y qué he de hacer yo con ella? contestó Ledoux. Tamango disparó y la esclava cayó muerta.

—A otro, gritó el negro, apuntando á un anciano achacosos: un vaso de aguardiente ¡ó...!

Una de sus mugeres le desvió el brazo y el tiro se perdió en el aire. Acababa de reconocer en aquel anciano un guiviot ó mágico, que le habia pronosticado que seria reina.

Tamango á quien el aguardiente habia puesto furioso, no pudo contenerse viendo que contrariaban su voluntad: aplicó un culatazo á su querida y volviéndose á Ledoux:

—Toma, le dijo: te regalo esta muger.

Era bonita: Ledoux la miró sonriéndose, y cogiéndola de la mano, dijo para sí:—No me faltará donde colocarla.

El intérprete, que no carecia de buenos sentimientos, dió una cajita de carton á Tamango por los seis esclavos que quedaban; les quitó las orquetas y los puso en libertad: los infelices huyeron al instante, aunque con pocas esperanzas de volver á su patria situada á doscientas leguas de la costa.

Despidióse al fin el capitán de Tamango, y se ocupó en embarcar su cargamento, pues queria darse á la vela al día siguiente; los cruceros podian aparecer de improviso, y no era prudente permanecer mucho tiempo en el rio. Tamango se quedó dormido sobre la yerba.

Cuando despertó, el buque de Ledoux bajaba por el rio á toda vela. El jefe negro, aun trastornado con los excesos de la vispera, llamó á su muger Aiché: se le contestó que habiendo tenido la desgracia de disgustarle, la habia regalado al capitán blanco, quien la tenia á bordo. Asombrado Tamango de tal noticia, reflexionó un momento, tomó luego su fusil, y como el rio daba mucha vuelta, antes de desembocar en el mar, corrió por el camino mas corto hacia una pequeña ensenada que estaba á media legua de la embocadura. Esperaba encontrar allí un bote que le trasportase á bordo del bergantín; cuya marcha retardaban las sinuosidades del rio; no se engañó en sus conjeturas, y tuvo suficiente tiempo para alcanzar el barco negrero.

Sorprendióse Ledoux al verle, pero mucho mas al oírle reclamar á su muger. «Lo que una vez se ha dado bien dado está,» le respondió el capitán, volviéndole la espalda. Insistió el negro, ofreciendo en cambio parte de los efectos que habia recibido; mas Ledoux se echó á reír, diciendo que Aiché era una excelente muger y que queria guardarla. Entonces el infeliz Tamango vertió un torrente de lágrimas, y lanzó gritos tan agudos cual si estuviese sufriendo una operacion quirúrgica. Tan pronto se revolcaba sobre cubierta llamando á su adorada Aiché, como golpeaba su cabeza sobre las tablas con intento de matarse. El capitán siempre impasible, le mostraba su ribera, dándole á entender que ya era tiempo de retirarse; pero Tamango insistia y llegó hasta ofrecer sus charreteras, su fusil y su sable. Todo fué inútil.

Durante la contienda el segundo de La Esperanza dijo al capitán: Se nos han muerto anoche tres esclavos, y tenemos hueco. Apoderémonos de este vigoroso picaro, que vale por sí solo mas que los tres difuntos. «Ledoux reflexionó que Tamango valdria cuando menos milduros, que aquel viaje que se presentaba con tan buenos auspicios, seria probablemente el último, y que hecha ya su fortuna y renunciando al tráfico de negros, poco le importaba dejar buena ó mala reputacion en la costa de

Guinea. Por otra parte la playa estaba desierta y el guerrero africano enteramente á su disposicion. Sin embargo, como convenia despojarle antes de sus armas para evitar cualquier peligro, le pidió Ledoux el fusil diciéndole que queria examinarlo y calcular si valia tanto como la hermosa Aiché; el segundo le tomó el sable y Tamango desarmado de esta suerte, se sintió derribado por dos marineros que sin tardanza trataron de matarle.

Heróica fué la resistencia del negro. Pasado el primer movimiento de sorpresa, y á pesar de la desventaja de su posicion, luchó mucho tiempo contra sus adversarios, hasta que, gracias á su fuerza prodigiosa, consiguió levantarse: con un puñetazo derribó al hombre que le sujetaba por el cuello; dejó un pedazo de su casaca entre las manos del otro marinero, y se lanzó furioso sobre el segundo piloto para recobrar su sable. Previendo el blanco su intento, le descargó un golpe en la cabeza, haciéndole una herida mas ancha que profunda. Tamango cayó por segunda vez, y al instante le amarraron fuertemente los pies y las manos. Mientras, procuraba aun defenderse, lanzaba gritos de rabia, y se agitaba como un jabali aprisionado en la trampa; pero viendo al fin la inutilidad de toda resistencia, cerró los ojos y permaneció inmóvil. Su respiracion fuerte y precipitada era la sola prueba de que estaba vivo.

—Pardiez, exclamó el capitán Ledoux, los negros van á reír de ganas cuando sepan que el que los vendió es tambien esclavo. Conocerán de esta suerte que hay un Providencia. Entretanto Tamango perdía mucha sangre: el caritativo intérprete, que habia salvado la vida á seis esclavos, se acercó á él, vendó su herida, y le dirigió algunas palabras de consuelo. El negro continuó sin movimiento, y fué preciso que los marineros le llevasen al entrepuente, dejándole en el sitio que se le habia destinado. Durante dos dias, no quiso comer ni beber, y apenas abrió los ojos. Sus compañeros de esclavitud, antes prisioneros suyos le vieron aparecer con estúpido asombro. Tanto temor les inspiraba aun, que ninguno se atrevió á insultar la desgracia del que habia ocasionado la de los demas.

El buque, favorecido por el terral, se alejaba rápidamente de la costa africana. Fuera ya del alcance de los cruceros ingleses, no pensaba el capitán sino en las pingües beneficios que le aguardaban en las colonias: hacia donde se dirigia. Su ébano se conservaba sin averías; no ocurrían enfermedades contagiosas: doce negros solamente, y de los mas flacos, habian sucumbido: era una bagatela.

Para que su cargamento humano sufriese lo menos posible las fatigas de la travesía, cuidaba de que los esclavos subiesen sobre cubierta alternativamente y por tercercas partes. En una hora tenían que hacer provision de aire para todo el día. Algunos tripulantes, armados de pies á cabeza, los guardaban, aunque nunca los despojaban enteramente de sus cadenas. A veces un marinero, que rascaba un poco el violín, les regalaba un concierto. Curioso era ver entonces aquellas caras negras volverse hacia el músico, perder por grados su expresion de estupidez sombría, reír alegremente, y palmeotear siempre que los hierros se lo permitian. El ejercicio es necesario para la salud; por eso el capitán Ledoux hacia danzar frecuentemente á sus esclavos, valiéndose de un nudoso látigo de postillon, del mismo modo que se desentume á los caballos embarcados, durante una larga travesía.

La herida de Tamango, le retuvo algun tiempo bajo las escotillas; pero al fin compareció sobre cubierta, y alzando con orgullo la frente en medio de la tímida turba de esclavos, echó una ojeada triste, si bien tranquila, sobre la inmensa extension de agua que rodeaba al bagel: luego se tendió, ó mejor dicho, se dejó caer en las tablas, sin cuidarse de arreglar sus cadenas para que no le molestasen. Ledoux, sentado en el alcázar de popa, fumaba con calma su larga pipa, mientras que junto á él estaba Aiché, sin hierros, vestida con su elegante traje de colonia azul, y calzada con unas lindas babuchas de marroquí, llevando en la mano una fuente llena de botellas de licor, y pronta á servir al capitán cuando éste se lo ordenase. Era evidente que desempeñaba altas funciones á bordo. Un negro, enemigo mortal de Tamango, le indicó que mirase hacia aquella parte. Volvió el infeliz la cabeza, vió á su amada, y lanzando un grito se precipitó al alcázar antes que los marineros de guardia pudiesen impedir tan enorme infraccion de disciplina naval. —¡Aiché, exclamó con una voz de trueno, Aiché! ¿crees que en el pais de los blancos no hay Mama jumbo?

(Se continuará.)

UN VIEJO.

Me gustan algunas veces los paseos solitarios, y particularmente cuando me siento dominado por ese disgusto general de todo, que los ingleses han calificado con el nombre de *spleen*. Suele ser lo mas general que el infeliz que es atacado de enfermedad tan horrible, busque su remedio en el tumulto de las diversiones. Y por el contrario, padezco con mas fuerza en la bullo que en la soledad. No acierto á definir esta anomalia, ó como la quieran llamar, pero aun cuando supiera la causa, me abstendria muy bien de referirla. No cansar es la divisa que llevo en todas mis empresas literarias y en este supuesto, como á los lectores los ha de inte-

resar poquisimo el conocer la razon que me obliga á separarme en aquel sentido del todo de las gentes, les hago gracia de una disertacion con sus ribetes de patológica, tanto por evitarles un rato de fastidio, cuanto por que maldita la falta que hace para saber, que el año pasado de 1847 me hallaba en Granada, y que sufriendo la incomodidad de espíritu de que ya he hecho referencia, subía á la Alhambra todas las mañanas de julio y agosto, me paseaba por sus alamedas, me sentaba cuando estaba cansado, y volvía paso entre paso á mi casa, así que el astro diurno debía sentir sobre mi persona, sus abrasadores rayos.

Tenia el capricho de sentarme siempre en un mismo asiento, deseo que satisfacía á todas horas, porque como apenas subía gente, estaban á mi disposición por lo regular cuantos asientos encierra aquel recinto encantador, pero todos los despreciaba, gozando de mi preferencia uno tan solo, al que habia llegado á cobrar cariño, y lo consideraba como una cosa mia interin descansaba en él.

Se llama únicamente á las mugeres caprichosas, y en esto del único, no estoy conforme. Siendo el capricho una flaqueza inherente al corazón humano que data desde la creacion del mundo, y aunque fuese la madre Eva quien tuvo la de probar aquella malhadada manzanita, no desciendo las mugeres solamente de esta y nosotros del señor Adán, sino que todos participamos de lo bueno y malo de nuestros primeros padres, y por ello no veo un motivo fundado para que el bello sexo cargue con toda esta falta, y no se diga nada del feo, cuando suele tener algunos caprichos.... que mas vale callar.... Podrá argüirse que una golonrina no hace verano; pero yo creo que no voy tan disparatado en mi juicio; y reclamo el apoyo de las señoras mugeres, que no me dejarán defenderme solo, cuando se me ataque sobre este punto.

Sea en fin lo que fuese, la verdad del caso es, que una mañana, que mas tarde de lo acostumbrado, dirigía mis pasos á la Alhambra, creí divisar unos bultos en mi asiento favorito. Sérias sospechas concebí al momento de que estuviese ocupado, las que no tardaron en trocarse en realidades, viendo que efectivamente habia dos personas en él. Aquella sorpresa me puso de muy mal talante, con tanta mas razon cuanto á que todos los demas estaban desocupados, excepto el inmediato. Con una indignacion semejante á la del mayor Anspech (1), cuando vió ocupada por la primera vez su gruta del parque, pasé ceñudo y cabizbajo por delante de las personas, sin mirarlas siquiera y con la esperanza de que á la vuelta del paseo que me proponía dar hallaría libre y desembarazado mi asiento. Pero desgraciadamente no fué así; despues de haber recorrido algunas calles de álamos, volví á la glorieta donde aquel estaba y aun no se habian levantado mis usurpadores. Fijé entonces la vista en ellas, como para ahuyentarlas si podia con mi gesto amenazador, y eran dos señoras, la una jóven y linda y vieja la otra, aunque de un semblante agraciado. Debo confesar en honor de la verdad, que su presencia me fué menos incómoda que lo hubiera sido la de seres de mi mismo género; pero como el resultado era igual, y me sentía bastante cansado, iba ya á sentarme en cualquiera parte renegando entre dientes de mi sino; cuando con no poco contento de mi ánima, levantáronse las señoras y tomaron el camino de una de las alamedas. Al instante corrí desalado hácia mi asiento del que tomé posesion con un placer indecible. Me puse á tocarlo por todos lados, á mirarlo con alegría.... y veo debajo de él un papelito doblado, de un color de rosa, bastante subido. Lo tomo y sin reflexionar si hacia bien ó mal, deshago sus dobleces y lo primero que á mi vista se presenta es un «A.... Soneto» con una letra bastante gruesa. Principio á leer y estaria cerca de la conclusion, cuando oigo una voz entre agitada y triste que dice:

—¡Caballero, que feliz es vd!

Levanto los ojos y veo enfrente de mí á un jovencito como de unos 18 años, vestido con elegancia, que miraba el papel que tenia yo en la mano, con una languidez estremada.

—Si señor, continuó con voz trágica, vd. me ha de dispensar, pero todo lo he observado detrás de aquellos árboles.

—¿Y que ha observado vd? le pregunté sorprendido, —¿Querrá vd. negar, me respondió, la impaciencia con que aguardaba la ida de esas señoras? ¿el modo de correr á ese asiento tan luego como se fueron? ¿y la carta que no en vano ha buscado, y que aun se encuentra entre sus manos?

Atónito estaba yo con lo que me sucedia, sin saber que contestar, aunque no pude menos en mi interior de conocer que las mas veces engañan las apariencias con tan vivos colores, que no dejan la menor duda acerca de lo que parecen demostrar. El jovencito prosiguió diciéndome:

—Sin duda le sorprenderá á vd. este modo de hablar, pero sepa que estoy loco, frenético, que deliro por esa muger que ha estado sentada donde se halla usted ahora, que soy su sombra que la sigue donde quiera se dirige, porque la adoro, porque conozco que sin ella me será imposible vivir; mas desgraciadamente, mi clase no es igual á la suya, y este obstáculo me ha contenido para llegar á pedírsela á su familia.... y yo, tonto de mí, (prosiguió animándose) que atribuía á desden y orgullo lo que solo era amor por otro hombre. ¡Oh! pero tenga vd. entendido que no tan así como quiera me de-

jo arrebatat la felicidad. Aborrezco á vd. porque la ama y es correspondido, y quiero.... está vd., quiero que nos batamos. Un desafío, solo servirá para adquirirme su odio si quedo vivo, mas en cambio gozaré estorbándole que sea feliz toda vez que tan desventurado me ha hecho. ¿Con que vamos, qué dice vd?

Por tan estraña relacion, conocí el estado calenturiento de aquel jóven, y por toda respuesta le alargué el papelito de color de rosa, que asió con una fuerza brutal, queriéndolo devorar con los ojos, pero apenas se fijaron en él cuando cambió repentinamente la expresion de su semblante, y exclamó con una emocion de verdadera alegría.

—¡Ah! ¡es mi soneto! ¡mi soneto que lo llevaba consigo, y que se le habrá caído! ¿Luego no ha desdenado el recibirlo?—Caballero, perdóneme vd., habré dicho muchas necedades, ya vé vd. como estoy; y sin decir mas se dió á correr como un desesperado, con direccion al camino que habian tomado las señoras.

—¡Pobre jóven! exclamé viéndolo alejarse.

—¿Lo cree vd. así? me replicó una voz que venia del lado opuesto al que miraba.

Volví la cabeza, y sobre el banco inmediato vi entonces á un viejecito, que tenia puesto un frac antiquísimo, un sombrero cuya figura era poco mas ó menos, segun la moda del día, pero que su fabricacion se remontaba á alguna docena de años atrás, y unos pantalones de mahon, sin trabilla, idénticos en un todo á los que ahora se usan, dejando ver como es consiguiente entre su remate y los zapatos, media vara de pantorrilla, vestida con blanca media de hilo. Completaba el traje de este sugeto, una magnífica caña de Indias de luenga contera, sobre cuyo puño de oro descansaban una sobre otra, sus largas y descarnadas manos. En cuanto á su fisonomia, era tan vulgar, que á escepcion de sus pequeños ojos grises, de penetrante mirada y sardónica expresion, no merecen las demás partes de su rostro el honor de describirlas.

—¿Hablabas vd. conmigo? le pregunté luego que escuché aquella especie de interpelacion.

—Si señor, si no lo toma vd. á mal. Al oírle exclamar ¡pobre jóven! no he podido menos de preguntarle si cree desgraciado para siempre á ese quidam que acaba de partir de aqui como un avion, y que tan infortunado se contempla él mismo segun ha dicho á vd. hace un momento.

—Me parece, le contesté, que no se puede ser muy feliz cuando se ama con tan poca esperanza.

—Riase vd. de eso, camarada, de todo se consuela el hombre en este mundo. Aquel á quien vea vd. hacer mas aspavientos sobre lo desgraciado de su suerte en materias de amores, y concediendo que efectivamente ame de corazón, y que por las causas que fueran conozca la imposibilidad de conseguir su objeto, dando esto motivo á que se crea el ser mas infeliz del universo, el menor incidente, la mas insignificante peripecia en su suerte, hace cambiar del todo sus ideas, y al otro día, si bien no completamente satisfecho, porque jamás lo está el corazón humano, no piensa al menos en el suicidio ni en todas las necedades que bullian antes en su cerebro para interesar siquiera al ángel de su destino.

—Sin embargo, le dije, hay varios ejemplos de amantes desgraciados que se han vuelto locos....

—¡Bah! ¡bah! me interrumpió bruscamente, aunque no muy acalorado, lo juzgué á vd. mas del siglo: Si han existido hombres que han dejado de serlo por verse despreciados de una muger, lo que no dudo, seria allá en los tiempos en que se rompian la crisma á lanzazos por disputarse la gloria de proclamar cada cual por reina de la hermosura á la señora de sus pensamientos; pero ahora cíteme vd. cuatro casos en que se hayan levantado la tapa de los sesos ó vuelto dementes como vd. dice por el amor de una muger. Desengañese vd., además de ser los tiempos que alcanzamos demasiado positivos, porque las mismas mugeres han dado lugar á ello, estamos ya muy civilizados para que una pasion cause los estragos que solia ocasionar antes á las almas ardientes.

—Alto aqui, señor mio; ha dicho vd. cosas espantosas; primeramente que las mugeres....

—Son la causa, en general, de la positibilidad en que vivimos.

—No comprendo á vd.

—No lo estraño, es vd. muy jóven todavía; pero yo me haré entender. Observe vd., si frecuenta alguna sociedad, que quien es mas favorecido, adulado y apreciado del bello sexo, es por lo regular, el que le tiene menos miramiento, el que es mas atrevido, y quien engaña á mas, viéndose siempre desdenado y puesto en ridículo el jóven novel, de buenas inclinaciones, que virgen su alma á las tempestades de la vida, sigue sus instintos naturales, y para él una señora es un santuario, ante el que no se atreve á fijar la vista mucho tiempo, pudiéndose afirmar que si existe algun amor verdadero, solo es él quien lo siente. ¿Y qué es lo que saca de este modo de conducirse? la bafa, el escarnio de toda la sociedad, ser tildado de tonto ó de bruto por aquellas á quienes acata con todo su corazón, de fastidioso é insoportable por el general de las gentes, que no observando en él la palabreria insulsa, superficial y necia de casi todos sus contemporáneos, lo mira como un ente ridiculo é inútil. Entonces conoce y se convence el jóven que el obrar bien es perjudicial á sí mismo, porque nunca adelantará nada por aquel camino (en esta vida se entiende) y falta de la virtud necesaria para hacer frente á esa sociedad corrompida, que lleva por empresa «engaño,» procura vencer, doblegar y

acomodar sus inclinaciones al tipo que reclama y requiere el mundo en que vive; lo cual consigue á poco trabajo; y vea vd. aqui como el buen natural del hombre se trueca á impulso de la sociedad y de las mugeres en ese carácter veleidoso, superficial y mezquino, que hace clamar continuamente á aquellas contra la perversidad de los hombres del día, desconociendo el origen de tales procederes.

Así me habló el viejecito sin que desapareciese de su rostro la sardónica sonrisa que mostró desde el principio de nuestra conversacion. Yo quedé pensativo. Las palabras de aquel hombre habian ido cayendo sobre mi corazón como candentes gotas de plomo. Confieso francamente, que mis ideas respecto de la sociedad y del corazón humano no eran las mejores, pero distaban mucho de las que habia oído de la boca del viejo. Sobre todo, me horrorizaba su modo de raciocinar acerca del sentimiento que creia yo mas sagrado, de ese amor inocente y ardoroso, que regenera y vivifica nuestro ser, de ese amor puro y santo, cuyas emociones son la vida, la sola felicidad, los únicos momentos de ventura que disfruta el alma en este valle de miserias y dolores.

Levantóse el viejo de su asiento, se aproximó al mio, y colocándose á mi lado, me alargó una caja de rapé no sin haber antes sacado con el índice y pulgar de su mano izquierda un estupendo y apretado polvo.

—Gracias, contesté no lo uso.

—¿Fuma vd?

Por toda respuesta saqué una caja, pero ya tenia abierta mi interlocutor una enorme petaca atascada de cigarrillos de papel. Tomé uno, encendió él otro y no tardaron en estar envueltas nuestras cabezas entre nubes azuladas.

Quedamos en silencio: pero fué por cortos instantes. El escéptico viejo, exclamó fijando en mí una escrutadora mirada.

—Conozco en su fisonomia, que está dudando de cuanto acabo de decir.

—Justamente; ó al menos procuro no dejarme vencer: vd. en primer lugar niega la existencia de un amor puro y verdadero que arrastra á los mayores excesos, tanto porque el hombre no puede concebirlo, cuanto porque en este caso veríase burlado por aquella en quien cifrase su ventura.... y ya conocerá vd. que infundir estas ideas á un jóven, es lo mismo que asesinar sus ilusiones, y un hombre sin ilusiones es una planta tronchada, en la que vá secándose poco á poco el jugo de la vida. Vea vd. aqui la razon por que no quiero penetrarme de la verdad poca ó mucha que encierran sus palabras.

Mirábame atentamente el viejo, y vagaba en sus labios una sonrisa tan amarga, que me estremecía á mi pesar.

—Perfectamente, me contestó, no pretendo robarle sus queridas ilusiones. Unicamente ha sido mi ánimo darle mi pobre opinion sobre los particulares que por casualidad se han suscitado, opinion que no tardará vd. mucho tiempo en apropiárselas. En el día es vd. muy jóven.... mas tarde.... no me engañó, no, mas tarde quizás avance vd. mas. Mientras tanto, oiga esta anécdota verdadera que puede servirle de ejemplo para apreciar en adelante esas pasiones desgraciadas que tanta impresion hacen en su alma y que con tanto calor defiende. Otro día, pues no creo que sea este nuestro último encuentro, probaré con hechos y personas conocidas, la certeza de cuantas palabras han salido de mi boca.

Sacó un pañuelo de seda, limpióse las narices, tomó otro polvo, y accionando con la derecha mano, cuyos dedos, en figura de garita, encerraban aquel, comenzó de esta manera:

—Estaba en París, porque aqui donde vd. me vé con este frac tan ridiculo, y este sombrero y estos zapatos, he visitado en mi juventud casi todas las capitales de Europa y algunas de las de Africa, siendo en mis tiempos tan elegante y fashionable como el primero; segun decia, estaba en París, y la noche á que me refiero en el teatro de la Opera. Luego que, segun costumbre, hube pasado revista con mis lentes á todos los palcos y galerias, me llamó la atencion una jóven, cuyo asiento estaba situado de modo, que desde el mio podia verla á mi satisfaccion sin molestarme en lo mas minimo. Cantaban aquella noche el *Moisés*, ópera que sabia de memoria, y no puse gran cuidado en ella, fijando toda mi atencion en la jóven de que he hablado. Era hermosa, verdadera mente hermosa, pero confieso que mas me hubiera agradado sin la volubilidad que demostraba en todos sus gestos y acciones. Contemplándola estaba, sin quitar de ella mis cristales, cuando siento que me tocan en el hombro, vuelvome y veo á un caballero, no mal parecido que con el mismo desentono de voz que ha pronunciado la palabra *soneto* el adolescente que marchó de aqui hace poco, dijo:

—Es hermosa, ¿no es verdad?

—Tan atónito como vd. cuando se encontró delante de su vista al que acabo de referirme, quedé yo al oír esta interpelacion, pues no habia visto en todos los días de mi vida semejante rostro: así es que le respondí algo confuso:

—Si señor, no es *maleja*; y dirigí á otra parte mis lentes.

—¿Qué es eso de *maleja*? me replicó cogiéndome el brazo, ¡divina, sublime, angelical!

No quise disputar, conociendo sin que me lo hubiera explicado, lo que habia en el asunto, y entablamos una conversacion en la que supe que la niña en cuestion per-

(1) Héroe de una novela alemana.

tenecia á la alta aristocracia; item mas, heredera inmediata del título de duquesa, y que mi enamorado Amadis, no pasaba su rango de la monstruosa clase media; es decir que no era mas que una persona decente, sin oficio ni cosa igual, viviendo del producto de las visitas que su padre efectuaba como doctor en medicina; pero esto no le quitaba que fuese inflamable hasta el extremo de poner sus pensamientos en una duquesa, asegurándose y perjurándose que se rompía la crisma contra un guardacanton, sino conseguía su blanca mano, que era el único tesoro y la sola felicidad que podía encontrar en este infierno que llaman mundo. Lo que no me dijo del todo era si su Dulcinea le correspondía, pero ciertas palabras que se le escaparon por efecto del calor con que me hablaba, me dieron á entender que no equivocaba sus obsequios.

Concluyóse la funcion, y antes de separarnos me dió la mano ofreciéndome sus servicios; hice yo otro tanto por mi parte, y quedamos los mejores amigos del mundo.

Pasaron cuatro años, durante los cuales corrí cuatro ó cinco cortes, volviendo al cabo á Paris. Visitaba con frecuencia á unas señoritas, en cuya casa formaban tertulia cotidiana los amigos de mas confianza. Era por la cuaresma, y llegaron á ponerse á la orden del día los tan divertidísimos juegos de prendas, para lo cual bastó con que algunas reuniones del gran tono los acogiesen favorablemente. Una de las muchas noches que se jugaba á ellos, al llegar el turno á las sentencias, imponen al dueño *cuya fuera* la prenda que se sacase, la obligación de proporcionar á las niñas un buen maestro de música, porque siendo demasiado caprichosas, no gustaban de ninguno de los que eran presentados. Enseñan la prenda y era mia. No tuve otro remedio que cumplir la sentencia, y al día siguiente me tuvo vd. en todo un Paris, buscando como se busca á un médico para alguna enfermedad peligrosa, un profesor de tonos. Andando á la aventura, entré en un café donde tuve la fortuna de encontrar á varios conocidos. Hablé á uno de ellos sobre mi objeto, y me indicó á un tal Mr. Blandin, que gozaba de alguna reputación entre la gente *diletanti*. Díome las señas de su habitación, tomé un fiacre, y á la media hora estaba llamando á la puerta de su casa.

—¿Mr. Blandin? pregunté á una vetusta criada que salió á recibirme.

—Pase vd. adelante, está en su gabinete.

Condujéronme á su presencia, y quedé no poco sorprendido al reconocer en Mr. Blandin al sujeto de que he hablado á vd., el joven con quien hice conocimiento una noche en el teatro de la Opera. Pero lo encontré en extremo variado. De pálido, ojoso y enjuto como una aguja, se habia transformado en un hombre muy grueso con cara de tomate en su sazón; y la espresion lánguida de su rostro era entonces estúpida por demas. En una palabra, dejé á un verdadero elegante y encontraba á un rústico labrador.

Tampoco dejó mi hombre de sorprenderse al verme

en su casa, y despues de los cumplimientos *indispensables*, le esliqué el objeto de mi visita. Quedamos conformes en el asunto, y ya me disponia á marchar, cuando me agarró una mano diciéndome:

—¡Hombre! ¡hombre! ¿dónde va vd. tan apriesa? no tardaremos en comer, vamos, acompañenos vd.

Aquel modo de hablar en plural llamó mi atención, y recordé la noche en que lo conocí, creyendo al pronto que habria conseguido la ventura que tanto anhelaba: pero su posición actual con el rango de aquella señorita del palco, contrastaban de una manera tal, que me sumergia en un mar de confusiones. ¿Cómo era posible que fuese maestro de música el esposo de una duquesa? Sin embargo, como suceden en este mundo tantas y tantas cosas, y para mí tengo que solo hay dos imposibles, no morirse y ser apreciado un hombre sin dinero, me aventuré á hacerle esta pregunta:

—¿Se casó vd. por fin?

—Si señor, me contestó, habrá sus tres años poco mas ó menos, y le aseguro que gozo de la ventura mas completa....

—Ya, ya se deja conocer, le interrumpí riendo y echando una mirada á su amazotado rostro.

—Venga vd., venga vd., continuó sin reparar en la espresion maliciosa mia, quiero presentarle á mi esposa... ¡pero calle! á mejor tiempo no podía haber venido.

—Jacinta, te presento á este caballero, que es uno... La muger que entró en aquel aposento, no dejó concluir á su esposo. Pronunció con una voz gangosa y horripilante:

—La sopa hace mas de un cuarto de hora que está esperando, si no vienes me pongo á comer sola, y haciéndome un frio saludo, salió sin dirigirme la menor palabra.

Confieso á vd. que quedé pasmado, mudo, atónito, no solo de semejante impolitica, si no de la muger que se habia presentado ante mis ojos. Yo que aun tenia presente la imagen de aquella elegante señorita que llamó mi atención en el teatro de la Opera, figúrese usted cual me quedaria al encontrarme con un arrapiezo de peor catadura que las fregonas mas infimas de nuestro pais, vieja y repugnante.

—¡Bah! si tiene un geniecito Jacinta, que ya, exclamó Mr. Blandin atribuyendo mi inmovilidad al efecto causado por los modales poco galantes de su conjunta, pero no tiene mas que eso, por lo demas....

—¿Pero es esa la muger de vd? le dije no creyendo todavía en tamaño absurdo á mi parecer.

—Si señor, ¿qué duda tiene?

—Vamos, es imposible.

—Será si vd. se empeña, pero es lo cierto que soy yo su marido.

—¡Hombre! ¿y aquella duquesita por quien iba vd. á romperse el alma...?

—¡Ja! ¡ja! contestó riendo, ¿se acuerda vd. todavía de aquello? y sin duda lo dice por el contraste... amigo esas son las cosas del mundo.

—Pero espíqueme vd.

—En dos palabras será, pues Jacinta se impacienta y es capaz de comersela sola toda la sopa. Ya con vd. mi amor loco por aquella joven... pues cuando fuerza de constancia logré dar principio á nuestras relaciones, lo cual me parecia un sueño, me llamó un día mi padre diciéndome: Pablo te se presenta un partido ventajoso. Tienes una prima que heredará cien mil francos á la muerte de su padre, quien me ha propuesto su enlace contigo, siempre que te dediques á alguna ocupación. Dos días tienes para reflexionar. Hicelo así, dirigí una mirada sobre mi situación precaria, y racionando con alguna filosofía, puse á mi prima en una balanza con los cien mil francos, y en la otra mi amor á la duquesita con las probabilidades de bienandanza. Hacia que lado venció el peso, no hay para que preguntar, sabiendo que habia *intereses* de por medio... Ya ha visto vd. el resultado. Era aficionado á la música y no titubee en presentarme como profesor, y aqui me tiene vd. á su disposición: con que vamos, sin etiquetas, ¿quiere vd. ser nuestro comensal?

Le di las gracias, y aturdido bajé las escaleras haciéndome cruces. Era aquella la vez primera que se presentaban á mi vista las susceptibilidades del corazón humano. Y bien ¿no me dice vd. nada?

El sol daba ya sobre nosotros, y la estancia en aquel sitio no era muy agradable. Por otra parte, tan profunda la impresión que en mi joven alma hicieron las palabras de aquel hombre, y su modo de espresarse sarcástico y cruel, que me hubiera sido imposible coordinar mis ideas para contestarle.

—Mañana ú otro día continuaremos, le dije únicamente.

Al tiempo de despedirnos, repuso apretándose la mano con su acento que ponía en conmoción mis nervios:

—Jóven, si apetece no ponerse en ridículo, si no desea vivir como un mártir y amargar los instantes de su vida, sufriendo desengaños que marchitarán su corazón como el otoño las hojas de estos árboles, tenga vd. siempre presente que en este mundo, todo es pasajero como la vida, y lo que nos parece mas difícil, suele estar mas á nuestro alcance. Que es un tonto quien se deja llevar de las primeras ideas que le dicta una razón que no lo es ofuscada por la contrariedad de sus fines; que se debe dejar correr el tiempo; mirando con la indiferencia del sexagenario los sucesos que ocurren en su transcurso, sacar el mejor partido que se pueda de lo malo de las cosas terrestres, para lo que no debe perderse nunca de vista (y esto evitará no pocos disgustos) que de tejas abajo, en el círculo de la sociedad, está identificada esta máxima, que lo que le falta de pedrosa le sobra de verdad era: QUIEN MAS HACE (en todos sentidos) ES EL QUE MENOS MERECE.

Y soltando mi mano se internó por las alamedas.

Tres años han pasado, y parece que suenan aun en mis oídos tan fatídicas palabras.

J. J. S. DE LA F.

TIPOS DEL DIA.



Nodriz en actual servicio.



Nodrizas cesantes.

EFEMERIDES DEL SIGLO XIX.

DIA 17 DE MARZO.—Año de 1838. Sitio de Lucena hasta el 4 de abril.

DIA 18.—1809. Accion de Mesas de Ilor y Villafraña.

DIA 19.—1814. Accion del Puelo (Asturias).—1836. Accion de Unza.

DIA 20.—1840. Accion de Alcaráz.—1837. Accion de Murguía y Linazo.

DIA 21.—1810. Sitio de Astorga hasta el 22 de abril.—1838. Accion de Vendejo.—1839. Accion de Daimiel.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior. La muger es si se mira lo mas bello que se encuentra en el mundo.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO. Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8.